ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero

4 PTAS

LOS INVASORES

El poderoso genovés Barnabó Lieto convoca a un conjunto de poderosos condotieros para planificar la invasión definitiva de Córcega; los grupos son diversos pero entre los cabecillas destaca Sans Merci, sobrenombre de Erich Von Merck, siempre bajo una férrea armadura, y el truhán gascón Bruyant Lartiguers. El primero es un genio de la estrategia, el segundo un pícaro amante de la aventura que siempre va acompañado de su loro Coclicó —¡Caramba! ¡Qué opípara cuchipanda!—. La invasión está perfectamente planificada y preparada, y más cuando cuenta con la colaboración de dos importantes corsos que van a traicionar a su tierra, Podestá Giordano Stefano y el rico comerciante Bruno Sarto.



Arnaldo Visconti

Los invasores

El Galante Aventurero - 07

ePub r1.0
xico_weno 16.08.16

Título original: *Los invasores*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero


Los
INVASORES

Capítulo primero

ÉPOCA DE CONDOTIEROS

En un principio llamóse así en Italia al jefe de una banda de soldados mercenarios, reclutados para hacer la guerra al servicio de quien mejor pagase. Más tarde se hizo extensivo el nombre de condotiero a los mercenarios en general, y también a los guerrilleros y bandoleros, que en ocasiones prestaban eficaz ayuda a las tropas regulares.

La tierra de promisión de los condotieros fue Italia, y su edad de oro el azaroso período que abarca desde el siglo XIII hasta el XVI, durante el cual el suelo de la península, con sus islas, fue teatro de continuas y encarnizadas luchas.

Para la perfecta comprensión de los sucesos que a continuación se relatan, y que pudieran parecer deformaciones grotescas o exageraciones imaginativas, no es superfluo plasmar el ambiente de la época.

Una época grandiosa, que, como toda epopeya humana, aunaba, junto a episodios ridículos, grandezas sublimes, tanto en la genialidad del mal, como en el triunfo del bien.

La rapiña, la crueldad, la persecución callejera de infelices por esbirros, las venganzas y las luchas, eran cotidianas.

Y sobre aquel vasto escenario sangriento, destacaba la peculiar fanfarronería de cuantos llevaban armas. Una fanfarronería muchas veces graciosa, distinta y distante de la enojosa jactancia portuguesa y de la cumplida y cortés bravata española.

Era una cualidad especial, idónea al temperamento italiano, pueblo que, como el tiempo demostraría, había nacido más para las artes y el dulce vivir, que para las brutalidades.

Y era, por tanto, el suelo italiano, campo abonado para los

desmanes de la soldadesca, que acudía allá como moscas a panal de miel. Los lansquenetes suizos, los caballeros teutones, los picaros gascones y los españoles «levantes», reacios a enrolarse para guerrear «de veras» en tierras propias, aceptaban con agrado el dirigirse a Italia, donde les favorecía la discordia general que reinaba.

Además, el amplio desarrollo que en las ciudades italianas alcanzaron entonces las artes y las letras, la riqueza y el comercio, no era el medio más a propósito para fomentar en la población el espíritu guerrero.

En Venecia, por ejemplo, los ciudadanos no podían tomar las armas, por prohibírselo severamente el Consejo de los Dux, y así no tenían más remedio que sostener a sueldo bandas de aventureros, procedentes de los países más diversos, cuyos jefes, por llamarse *condotta* el contrato que suscribían, recibieron el nombre de «*condotieros*».

Estos aventureros, que hacían de la guerra una verdadera y lucrativa profesión, endurecidos en las fatigas y diestros en el manejo de las armas, parece que debían valer más que las milicias comunales de entonces, formadas precipitadamente con ciudadanos pacíficos, mal armados y faltos de todo espíritu belicoso y emprendedor.

Pero la celebridad que alcanzaron, salvo gloriosas excepciones, no se debió precisamente a su valor, sino a su rapacidad nunca satisfecha, que los convertía en azote de las comarcas donde guerreaban, y a la falta de escrúpulos con que volvían a menudo sus armas contra el mismo que los pagaba.

Poco amigos de acometer empresas peligrosas cuando no les animaba a ello la esperanza de conquistar un buen botín, eran maestros en hacer marchas aparatosas y simulacros de combates en los que no solía correr la sangre, a pesar de la aparente ferocidad con que se batían los combatientes.

Se saben detalles jocosos sobre aquellas bandas, amigas y consocias en el fondo, enemigas en la forma, que, después de lentos y combinados movimientos estratégicos, venían por fin a «mortal batalla», como en Zagonara, donde se contaron tres muertos… porque se ahogaron en el lodo.

O como en Anghiari, tan sangrienta, que hubo una baja… La de

un jinete, que al galope se estrelló contra un árbol.

Como exigua minoría, debe consignarse que hubo condotieros verdaderos soldados y excelentes capitanes, tales como Francesco Sforza entre otros, que se alzó con el Estado de Milán.

Entre los Gobiernos y sus condotieros existían unas relaciones características. A menudo tenían que entregar los condotieros mujer e hijos en rehenes, y aun así ni inspiraban confianza ni la sentían ellos mismos.

Y, las más de las veces, las mujeres que por parentesco familiar o por enlace convivían con condotieros, solían demostrar más genio combativo real que los propios.

No todos los condotieros fueron italianos. Los había alemanes en gran número, entre los cuales fue famoso el insaciable Werner, duque de Urslingen, que llegó a capitanear hasta treinta mil hombres, constituyendo una fuerza temible.

También los hubo ingleses, alguno de los cuales, como el llamado Hackwood, alcanzó renombre por el talento militar de que dio pruebas repetidamente en su campaña.

Y el célebre aragonés Raimundo de Cardona, cuya terquedad era proverbial.

Todas estas bandas y sus jefes dan realce a la verdad de que en los albores del siglo XVI, sobre todo, reinaba por doquier una anarquía absoluta, en cuanto se refería a Italia.

Hecho este obligado preámbulo, y añadiendo que, debido al escaso y rudimentario armamento, en aquella época, una mesnada de cien hombres decididos constituía ya un temible ejército, queda ya el lector ambientado para mejor asimilación de lo que sigue

* * *

En el regio edificio donde se alojaban las fuerzas regulares al servicio de la República de Génova, percibíase en aquel soleado día de principios del siglo XVI una animación inusitada.

Varias habían sido las aparatosas y retumbantes llegadas de condotieros, acompañados por un séquito de abigarrada vestimenta y de raciales contexturas distintas.

Y en la alta explanada a media altura de la colina Piccola, que al Oeste daba estática guardia a la ciudad de Génova, acampaban las diversas mesnadas congregadas con fines ignorados de los

habitantes de la ciudad.

También los altos personajes que gobernaban los destinos de Génova ignoraban el porqué de la arribada de aquellos condotieros. Sabía tan sólo que Barnabó Lieto, el astuto hombre de Estado, consejero múltiple, era el encargado de recibir a los visitantes.

La creencia general, basada en todos los indicios, era de que se preparaba una expedición hacia el interior de otros Estados.

Barnabó Lieto era un gran cerebro, pero su fuerte personalidad quedaba disimulada bajo una apariencia en la que nada era sobresaliente, a no ser la agudeza de su mirada.

Y más insignificante pareció cuando, requeridos muy respetuosamente por un ujier, entraron los cuatro condotieros convocados.

Braceo Montano, «el Montañés», nacido en una aldea de los Apeninos, poseía una impresionante figura. Macizo y cuadrado, ancho de cuello y rojizo de semblante y manos, peludas cejas y mostacho que en forma de herradura caía a ambos lados de su amplia boca, llevaba un arsenal de aceros en la roja faja, ceñida por encima de su armadura rutilante.

Tulio Pandolfo era un bergante de Rímini, que, nacido en lóbrega covacha, afectaba una exquisitez extremada y alardeaba de buenos pañales, execrando a los que llamaba «plebeya grey de vasallos». Y entendía por grey y vasallos a cuantos trabajaban.

Era flaco, tétrico de aspecto, y vestía a lo gran señor, añadiendo a su atuendo unos parches de acero que le protegían el costado izquierdo, el cuello como un dogal, y el cráneo, así como desde la cintura hasta los muslos.

El tercer condotiero vestía enteramente de flexible malla de acero. Era mediano de estatura, membrudo y rubio. Su rostro era agradable, de viva expresión inquieta. Llamábase Curzio Castiglione y era siciliano.

Los tres antes citados conocíanse personalmente. Formaban inconscientemente un grupo aparte del cuarto condotiero.

Este último llevaba casco calado. Un casco tudesco rígido, con aletas en las sienes y enrejado de frente, que empotrábase en recias espalderas. A excepción del peto, toda su armadura era de bronce, cuyo rojizo color aumentaba aún más el impresionante aspecto del elevado desconocido.

El peto era de plata, y en su centro, clavado con remaches de cabeza negra, había un placa redonda en la que, grabadas al fuego, aparecían, en francés, las palabras: «Sans Merci» («Sin Misericordia»).

Los otros tres condotieros adoptaban una postura natural, aunque con empaque fanfarrón de guerreros. Apoyaban las manos en sus cintos.

El de la placa al pecho llevaba un cinto de hierro, de cuyo centro pendía un largo estoque de ancha hoja. Y sus dos manos apoyábanse en la empuñadura en cruz del estoque, mientras, abiertas las piernas, semejaba una amenazadora estatua de bronce.

Barnabó Lieto hizo cuatro reverencias breves antes de volver a sentarse.

Tanteó unos papeles escritos que, tenía al alcance de la mano.

—Bienvenidos, caballeros condotieros. Debo a vuestras mercedes una rápida exposición del motivo por el cual les envié emisarios, rogándoles que hicieran acampar sus mesnadas en la colina, y acudieran a este despacho hoy a las diez. Penetraré, en justo obsequio a la valía de quienes me escuchan, en los motivos por los que Génova no escatima dinero ni honores a los que logren colaborar en su más acariciada empresa: la conquista de Ajaccio, la capital de la isla corsa.

La mención de Ajaccio hizo pestañear a Pandolfo, sobresaltarse a Montano y brillar los ojos de Castiglione. La reacción del cuarto condotiero no era visible tras el enrejado de su casco.

—Ajaccio… —Gruñó Pandolto.

—¡Cáspita! —exclamó Montano.

El siciliano limitóse a chasquear la lengua elocuentemente.

—Es indudable que de toda la tierra italiana, Córcega es la indómita y bravía. Sus hombres son agresivos. Sus mujeres, recias. Por eso mismo, mis emisarios señalaron el precio que Génova pagaba. Un precio más que generoso. Además, tras vuestra huella, un contingente numeroso de lansquenetes, gascones y «levantes» seguirá. Vuestras mercedes, en realidad, salvo una excepción —y Barnabó Lieto miró al guerrero del casco enrejado—, no combatirán, sino que se fortificarán y asediarán desde lejos por tres puntos la capital, en espera de la llegada de los demás. Aquí, en esos papeles, para cada uno de vuestras mercedes, está señalado el

lugar de acampamiento y modo de efectuar el viaje. Vos, messer Montano, disponéis de mil hombres, bien montados. Ocuparéis el litoral norte y mantendréis estrecho contacto con messer Pandolfo, que ocupará el Monte Grosso, al norte también, con sus novecientos cuarenta hombres.

Braceo Montano y Tulio Pandolfo se miraron con amistosa sonrisa.

—Vos, messer Castiglione, por tener tan sólo cuatrocientos soldados, ocuparéis el litoral sur, menos peligroso.

Pandolfo y Montano miraron con repentina envidia al siciliano.

—El tiempo apremia, y creo que será preferible acudáis a vuestros quehaceres. —Y, levantándose, Lieto entregó a Montano y a Pandolfo, respectivamente, un pergamino y un pequeño papel con muchos sellos.

Aquel minúsculo papel iluminó los semblantes de los dos condotieros. Era una orden de pago por crecida suma.

Más que acompañados, casi conducidos por Barnabó Lieto, los dos condotieros abandonaron el despacho.

Esta vez, al regresar, no se sentó Lieto. Colocóse entre Castiglione y el mudo y estatuario «Sans Merci».

—Es innegable la superior categoría de vuestras mercedes sobre los dos que acaban de salir. Vos messer Castiglione, debéis actuar en intima relación con Erich Von Merck, al cual tengo el honor de presentaros.

El tudesco chocó con vigor los dos tacones, cuyas espuelas resonaron ruidosamente, y dobló el busto en rígida reverencia brusca.

Curzio Castiglione hizo un saludo respetuoso, aunque más flexible.

—En Francia habéis cobrado justa fama de disciplinado y combativo, Von Merck. Por ello os he confiado y reservado la parte más difícil: hostigar y vencer a Dago Corsi…

De nuevo el siciliano chasqueó la lengua con elocuencia.

—Un bandido —dijo guturalmente, hablando por vez primera, el teutón.

—Que, desgraciadamente, actúa como condotiero en Ajaccio, debido a su alianza con el Podestá y el noble patricio Ugo Paolo Renzo.

Hizo Barnabó Lieto un gesto de anticipada excusa.

—Vuestras mercedes me perdonarán si aludo al hecho cierto de que, en determinadas luchas, influye más la astucia que la bravura. Confío tanto en vuestra cualidad de jefe, Von Merck, como en vuestra valentía impetuosa, messer Castiglione. Pero puedo afirmar que la clave del triunfo en Ajaccio está en aplastar a Dago Corsi, y por eso no he vacilado en convocar a Bruyant Lartiguers y su cuadrilla. Es un bandolero gascón que, hostigado por sus paisanos, pidió refugio hace unas semanas a mi República.

Barnabó Lieto, el hombre de los resortes secretos y cabecilla de la vasta organización financiera conocida por el simbolismo de «El Pulpo», mostró ahora la ductilidad que poseía.

—No ignoro que a guerreros como vuestras mercedes les chocará el hecho de acudir a los servicios de Bruyant Lartiguers, un osado granuja. Pero conoce el arte de combatir traidora y solapadamente, puesto que el campo preferido de sus luchas fue los caminos en despoblado y las sendas difíciles de la montaña. Su indisciplina es peligrosa, por otro lado. Por eso Von Merck, ha sido mi intención agregar la cuadrilla de Bruyant a vuestra mesnada disciplinada. Bruyant ha oído hablar de vuestra capacidad. Como vos, Von Merck, actuaréis a modo de fuerza volante, apoyando con preferencia el flanco ocupado por messer Castiglione, tendréis pleno mando por lo que a Bruyant se refiere, y ruego a messer Castiglione que acepte el acatar vuestras órdenes. ¿De acuerdo?

La breve pregunta que dirigió Lieto al siciliano, hizo que éste, mirando de soslayo al guerrero de bronce vestirlo, asintiera.

Recibió su pergamino y carta de pago. Marchóse, saludando al que de nuevo chocó los tacones y quebróse por la cintura en rápida reverencia.

Sólo ya con Erich Von Merck, Barnabó Lieto expuso:

—Curzio Castiglione es el mejor de los tres. No os oculto, Von Merck, que mis esperanzas están puestas en vos, y que todo el interés de la expedición invasora radica en la muerte de Dago Corsi Por eso insisto en que hasta el limite que vuestra paciencia tolere soportéis el difícil genio de Bruyant Lartiguers. Es un gascón…, y tal vez vos, que en Francia habéis permanecido largos años, sabréis lo que con ello quiero significar. Bruyant os puede ser muy útil.

—Vos pagáis, vos mandáis. ¿Me es lícito una pregunta?

—Cuantas queráis, Von Merck.

—¿Por qué no enviasteis a Bruyant y su cuadrilla, sin requerir los servicios de tres condotieros y el mío?

—Bruyant iría a Córcega… y se apartaría de los lugares frecuentados por Dago Corsi. Costearía yo la expedición, y él, por su parte, rehuiría Ajaccio y trataría de imponer su terror en otro lado.

—Comprendido. Necesita disciplina.

—Procurad ser mano de hierro en guante de terciopelo…

—¿Y si ante el enemigo se insubordina? Pregunto, porque vos pagáis. Yo, ni tengo piedad para el enemigo, ni misericordia para el indisciplinado.

—Actuaréis a vuestro mejor parecer. Y ahora, si os parece, ordenaré que introduzcan a Bruyant.

CAPÍTULO II

BRUYANT LARTIGUERS

A las ocho de la mañana, el mercado de Génova bullía de gente. Pescadores subastando su cosecha nocturna, ganaderos ofreciendo reses; campesinas con cestas de hortalizas; amas de casa, criadas y canes famélicos.

Apartábase la gente al paso de una mujer cincuentona, de rostro avinagrado, ricamente vestida con mal gusto, rutilante de joyas, y escoltada por tres criadas, que llevaban cestas vacías.

Era Donna Marcia, la acaudalada viuda de un afortunado negociante en paños. Era impopular, pero el servil acatamiento a Don Dinero hacía que los vendedores aguantaran las tarascadas de la que en persona venía a efectuar las compras.

Apoyado contra una columna, un individuo alto, esbelto, de rizosos cabellos castaños, cubierto con un capuz ladeado, que remataba una pluma roja de galló, y vestido con desaliñada elegancia, con ropas de paje —ancho jubón acuchillado, ceñidas calzas y cinto con puñal—, sostenía en su hombro izquierdo un loro, que bamboleándose majestuosamente, aunque por característica de su especie exhibía redondos ojos coléricos, de vez en cuando asía con el corvo pico los pedazos de fruta que a pleno mordisco le ofrecía su dueño.

En un italiano pintoresco, el hombre del loro mantenía con éste un monólogo, destinado más bien a entablar conversación con varias mujeres que, embobadas, con el pretexto de contemplar al animal, admiraban complacidas al que juzgaban un juglar atrevido.

Porque el individuo, si bien poseedor de unos ojos de color ceniza extrañamente grises, tenía impreso en todo su aspecto y semblante el sello de la desfachatez.

—¿Cuál elegirías. «Coclicó»?… —preguntaba el desconocido al animal instalado en su ancho hombro—. A mí, personalmente, me gusta la lánguida rubia, la atractiva morenucha y la graciosa pelirroja. ¡Ah!… Si al menos supiera sus nombres…

—Marietta —dijo, rápidamente, la pelirroja.

—Lena —sonrió la morena.

La rubia alejóse, tras hacer una mueca desdeñosa.

—Magnífica Lena, espléndida Marietta… Soy un errante juglar en busca de amores.

La llamada Lena pareció repentinamente atraída por un vendaval. Un robusto sujeto, apartándose por unos instantes de su mostrador de carnicero, acababa de acudir.

—¡Fuera de aquí, tú! —imprecó, mirando furiosamente al juglar.

El loro, seguramente ya acostumbrado a lances parecidos, y previniendo la posible y cercana pelea, abandonó el hombro de su dueño, para ir a posarse en corto vuelo torpe encima del capitel de la columna.

Desde allí, rascóse la testa, y cloqueó:

—¡Mastícale la oreja, Bruyant, y cómele los hígados!

Lo dijo en francés. Su dueño sonrió, sin apartarse de la columna, y, siempre indolentemente reclinado, continuó mordiendo la manzana.

—¿Te has enterado, forastero? —Gruñó el carnicero, agitando su cuchillo.

—Yo soy de pueblo —replicó, burlón, Bruyant Lartiguers—. ¿Pasa algo?

—Es mi novia…

—¿Quién? ¿Qué le pasa a tu novia?

—Déjala en paz, o, si no, sabrás quién soy y cómo me llamo.

—Vamos… —Trató Lena de apaciguar a su irascible prometido —. No des escándalo…

El carnicero giró el busto y de un revés de mano propinó a Lena un bofetón, lanzándola lejos, sobre un grupo de comadres, que a prudente distancia, incluida la pelirroja Marietta, contemplaban el altercado.

—Y ahora, tú, lárgate.

—¿Sí, querido? ¿Quién eres y cómo te llamas, que aún no lo sé? Yo también quiero que sepas los puntos que calzo.

Miróse el juglar la bota, hizo lo mismo el carnicero, y, de repente, elevó la pierna Bruyant Lartiguers. Su puntera chocó contra el estómago del carnicero. Éste gimió de sorpresa y dolor, soltando el cuchillo. Alzó Bruyant las dos manos entrelazadas, y las aplicó contundentemente sobre la nuca, que, inclinado, presentaba el carnicero.

Éste aplastóse contra el suelo, derrumbado por el doble golpe.

Apoyóse de nuevo en la columna el bandolero gascón. Revoloteó el loro y vino a posarse en su hombro, cloqueando.

—El golpe del conejo —dijo Bruyant, sonriendo.

—Sangra mucho… —dijo alguno de los que estaban recogiendo al carnicero.

—Es su oficio: sangrar… —comentó Bruyant—. Con vuestro permiso, egregia trufa —añadió, dirigiendo la palabra a una matrona que vendía frutas, cogiendo otra manzana.

—Dos me debes ya, juglar —indicó la frutera, amablemente.

—Dame crédito hasta seis, y a las doce te pagaré.

—Coge una más que es todo cuanto puedo fiar.

Retiraron al sangrante carnicero… Marietta aproximóse, incitante y sonriendo.

—Yo no tengo prometido, ni esposo, ni hermano, juglar.

—Así vives más tranquila, suculenta fresa.

—No entiendo tu madrigal. No eres italiano.

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema! —graznó, agudamente, el loro.

—Oportuno has estado, «Coclicó» —reconoció el bandolero.

—¿Qué dijo tu pajarraco, juglar?

—Suelta frases que le he enseñado para los momentos naturales que se presentan: pelea, amores y comilonas. Aunque a veces trastrueque las frases, ahora no. Me ha dicho que tu piel es blanca y quema, y que tu ondulante talle es llama viva… Oye, excelsa guinda: ¿quién es aquella oca que anadea con tanta suficiencia?

—Bah… Es Donna Marcia, una ricachona presumida y avara, que para impedir que una pobre criada se gane unos ochavos, presencia la compra.

—Detestable costumbre que atenta a la moral establecida, porque la señora que lo es en casa se queda y tolera la sisa. Pero, en fin, dicen que el robo es la institución que restablece el equilibrio

en la sociedad.

La última frase la dijo Bruyant en su idioma nativo.

—¿Qué murmuras, juglar?

—Es ciertamente soltera esa indigesta patata, ¿no?…

—¿Donna Marcia? Es viuda. Todos sois iguales —suspiró Marietta, envidiosa—. Rica y viuda, y ya te dispones a probar suerte.

Alejábase el gascón, que, mordiendo su manzana, se detuvo cerca de donde Donna Marcia regateaba ásperamente el precio del pescado.

—Tiene razón la señora —intervino Bruyant—. La sardina es indigna de valer lo que pides, mercader.

Ella alzó el rostro, con infinito desdén. Se alejó, seguida por sus tres criadas.

La segunda intervención del bandolero fue más eficaz.

—Excelente pato, bella dama. Su blanca pechuga dará más lustre a vuestra delicada tez.

La bigotuda viuda hizo un dengue. Hacía veinte años que no oía un piropo. Y aunque tenía espejos, conservaba esperanzas.

—¿Creéis justo el precio que me piden? —inquirió.

—Un pato que vos comeréis, no tiene precio, bella dama.

Alargó Bruyant la diestra y arrancó una pluma del ánade, colocándosela en el cinto, después de besarla.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó ella, cuando una de las criadas hubo ya recogido el ave.

—Recuerdo del día en que tuve el honor de admiraros, madona.

—Sois forastero, ¿verdad?

—¡Mastícale la oreja, Bruyant, y cómele los hígados! —graznó el loro, bamboleándose excitado sobre el hombro de su dueño.

—¿Qué dice? —preguntó Donna Marcia.

—Sabe algunas cosillas, y a veces las trastrueca.

Pero ha estado oportuno. Dice que presiente novedades muy agradables.

—Atrevido… —susurró ella, dando un abanicazo en la mano al bandolero.

—Excusad, madona —intervino un corchete, señalando al gascón—. Este forastero ha tenido una reyerta, y…

—Perdonad un instante, bella dama. Estate a vuestro lado raudo

como el céfiro y alegre como un son de laúd.

Siguió ella andando, volviéndose repetidamente. Bruyant miró al corchete, que inquirió:

—¿Vos habéis desnucado a un carnicero llamado Tomasso?

—Con gran placer.

—¿Por qué?

—Porque me gusta el follón.

—¿Qué decís?

—Que me atacó con un cuchillo.

Al extremo del mercado levantóse un griterío:

—¡Al ladrón, al ladrón!

Muchos miraban hacia el corchete y el bandolero. La voz áspera de Donna Marcia sobresalía sobre las demás:

—¡Ladrón, ladrón! —gritaba, desconsolada.

El loro batió las alas, y graznó, antes de emprender prudente vuelo:

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema!

—¡Este hombre me ha robado! —gritaba Donna Marcia, acercándose.

—Lo que me suponía —dijo el corchete, dándoselas de entendedor—. Me diste mala espina, forastero. ¡Preso en nombre de…!

—No seas malo, hombre —murmuró, sonriente, Bruyant.

A la vez, en salto extraño, sus dos rodillas subieron de pronto, entablando duro contacto con el estómago del corchete, que se inclinó, llevándose las dos manos al lugar dolorido.

—Así. Saludándome siempre —burlóse Bruyant, mientras, alzando la rodilla, propinaba un nuevo golpe, esta vez en el rostro del esbirro.

Varios corchetes acudían. Se formó una gran confusión. Apartábanse las mujeres, acudían los mercaderes… Y unos individuos hasta entonces quietos, o paseando pacíficamente, fueron administrando zancadillas a los corchetes, mientras gritaban agudamente como si fueran ellos los maltratados.

Eran diez de los componentes de la cuadrilla de Bruyant. La confusión iba en aumento.

Tres de ellos avanzaron de forma tal, que Donna Marcia se vio aislada.

—¡Ley y acatamiento! —gritó uno de los corchetes, desde el suelo.

Era la llamada a la fuerza armada del exterior.

Despojada del resto de sus joyas, tundida y molida, prefirió Donna Marcia acudir al remedio de desmayarse…

En las dos puertas del mercado, alineáronse ballesteros en dos filas. Una de rodillas y otra en pie, tensas las ballestas.

Avanzó un capitán. Tardó en enterarse. Seguido por algunos corchetes, se detuvo ante Bruyant.

—¡Preso en nombre de la Serenísima República!

—¿Qué he hecho yo? Soy de pueblo… ¿Es delito llevar un loro?

—Acusado estás de desnucar a un mercader y robar a una dama.

—Me defendí de ataque indebido, y en cuanto a la dama, nada le robé.

—¡Preso en nombre…!

—¡No seas pesado, caramba! Ya voy contigo, porque me pertenece escolta. Tengo cita con messer Barnabó Lieto a las diez. Ponte, pues, a mis órdenes, soldado. Espero no tendré queja de ti, o, de lo contrario, messer Lieto te convertirá en cabo de escoba.

Mentalmente, el capitán juróse que si era mentira lo de la cita con messer Lieto, aquel cortabolsas iba a saber lo que era bueno.

Desde lejos, los componentes de la cuadrilla iban siguiendo a su jefe, que, con el loro al hombro, andaba junto al capitán, entre un cuadro de ballesteros.

Pero Bruyant Lartiguers había hecho un ademán apaciguatorio. Al llegar a palacio, un ujier aseguró que, en efecto, un «caballero que respondía al nombre de Bruyant Lartiguers y al aspecto del presente era esperado por messer Lieto».

—Adiós, capitán. No tengo queja de ti. Vete tranquilo.

En la antesala, Bruyant Lartiguers, dedicóse a vaciar en su propia escarcela el contenido de la de Donna Marcia. Tiró por una ventana la vacía.

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda! —graznó el loro.

—Y que lo digas, aguilucho —replicó Bruyant.

Acercóse al solemne ujier que montaba guardia al exterior del despacho.

—Nos aburrimos, ¿eh?

El ujier permaneció rígido y majestuoso.

—¿Sabes lo que te digo, «Coclicó»? Me reitera en mi opinión: detesto la arrogante imbecilidad de estos lacayos, que, cuanto más inútiles son, más ínfulas se dan. Vamos a ver, gordito. ¿Para qué sirves? Para abrir puertas… ¿Ves? Abres… y salen dos caballeros… Bueno, eso de caballeros es un decir. ¿Quiénes son esos dos?

El ujier permaneció en silencio. Bruyant Lartiguers dio la vuelta, colocándose tras el ujier.

—Prohibido entrar, caballero —dijo el arrogante lacayo.

—Tienes anchas las sentaderas, gordito. Contéstame, si no quieres, palabra de Bruyant el único, que te patee y tengas que dormir en pie por una semana. ¿Quiénes eran esos dos mastuerzos?

—Los condotieros Braceo Montano y Tulio Pandolfo.

Alejóse Bruyant, y se entretuvo unos instantes contemplando una pecera en la que nadaban peces de colores.

Asió por el cuello al loro, que pretendía picotear a uno de los peces que asomaba a ratos.

—Atrás, «Coclicó». No me avergüences con tus modales.

—¡Al que rechiste, le parto los dientes! —graznó el loro, semiasfixiado, batiendo las alas.

Lo soltó su dueño. Atravesó la antesala Curzio Castiglione. Poco después, el ujier exclamaba:

—¡Audiencia a M. Bruyant!

—Nos llaman, «Coclicó».

La forma de entrar del bandolero gascón fue rara. Empujó la puerta de un puntapié, saltó de costado y se adosó a la pared.

Viendo que sólo había dos personas, y de frente a él, el gascón sonrió.

—Perdón, pero es vieja costumbre, que me enseñó mi abuelo. Me decía siempre: «Desconfía de las puertas que te abren. Tras ellas, puede haber trampa». Os saludo, messer Lieto… ¡Caramba!… ¡«Sans Merci»!

A las dos exclamaciones del bandolero, hizo eco el loro, graznando:

—¡Caramba! ¡Qué opípara cuchipanda!

Pese a todo su desparpajo, veíase que el gascón estaba impresionado por la figura de bronce y casco enrejado.

Y lo percibió Barnabó Lieto…

—M. Bruyant… Conocéis ya por renombre a Von Merck.

—¿Von… qué…?

—La palabra «Von» equivale a conde, *monsieur*.

—Oí hablar del conde. Decían que no era manco matando. ¿Qué tal, «Sans Merci»?

El tudesco chocó los tacones. No inclinó el busto.

Bruyant Lartiguers agitó los dedos de la mano, amablemente.

—Permitid que, para conocimiento de Von Merck, exponga la razón por la que estáis aquí, *monsieur*.

—Estoy aquí porque me habéis citado, no sé para qué, nada he hecho.

—Me refiero a vuestra ausencia de Francia, debida a ciertas dificultades…

—Total, nada. Limpié los bolsillos de un tipo que iba en silla de manos, y que luego resultó ser, el Secretario de Justicia. Lo que yo digo es que reina la injusticia. Hasta entonces me había hinchado de limpiar bolsas de ricachones, y nada… Llega el maldito secretario, se me pone a pedir de boca, lo aligero de peso, y, como siempre, no le hago ningún daño… Como agradecimiento, va el tipo y me azuza un ejército para cazarme. Abrumado por la ingratitud, preferí emigrar. Y aquí, vos, me disteis refugio. Dijisteis que tal vez habría un buen trabajo para mi.

—Cien mil florines, *monsieur*. Para vos.

—¡Venga ya, guasón! —rió Bruyant—. Yo soy un honrado ladrón que no se chupa el dedo. No creo en los cuentos de hadas.

¿Habéis oído hablar de Dago Corsi, el apodado Diablo Corso?

—Ni idea.

—Domina en Ajaccio. Si vos y vuestra… mesnada lográis apresarlo, vivo o muerto, recibiréis cien mil florines.

—¿Un tipo que vale cien mil florines? Bah… El hombre que más valga, no pasa de unos escudos.

—Escuchad, *monsieur*. Para mí, el Diablo Corso vale vivo y en mi poder, o muerto, cien mil florines.

—Allá cada uno con sus caprichos. Dejadme vivir y yo dejo vivir, eso es lo que decía mi abuelo. ¿Cuántos hombres tiene ese Diablo?

—Unos centenares. Pero anda frecuentemente casi a solas.

—Lo cazo. ¿Cuándo me dais plata para embarcar?

—Atended, *monsieur*. Os tenéis que poner a las órdenes de Erich

Von Merck.

—¿De ése? Yo vuelo solo, o no vuelo.

—Seréis libre de actuar como os parezca. Se trata tan sólo de que, tanto para el viaje como para tu regreso y acampamiento, os consideréis obligado a dar explicaciones a Von Merck. Es condición indispensable para que podáis percibir los cien mil florines.

Miró unos instantes el bandolero al silencioso tudesco.

—Bueno; peores compañías he tenido. ¿Algo más messer Lieto?

—Von Merck os hará llegar sus órdenes de partida. Buena suerte, *monsieur*. Buena suerte, Von Merck.

En la antesala, Erich Von Merck, guturalmente, anunció:

—Somos aliados en la misma empresa, *monsieur*.

—Apéame el tratamiento, Von. Di qué somos compadres en el mismo negocio.

—No gusto de familiaridades, Bruyant Lartiguers. Tenéoslo por dicho. Mañana al amanecer estaréis acampado en la playa llamada de Neptuno. Allí me aguardaréis.

—Estaré. ¿Qué más, príncipe?

—Llamadme como me corresponde: Von Merck. Estad al amanecer, porque embarcaremos al poco rato, y no esperaré.

—Estaré. No te preocupes. Quiero conocer al Diablo, y, además, ver si con cien mil florines me siento virtuoso. Abur, gran hombre.

Ya en la calle, murmuró Bruyant:

—Ese tipo me da fatigas. Parece la estampa de la agonía.

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema!

Dio Bruyant un pescozón al loro, que, indignado, revoloteó…

—No seas agorero, bicho. Al fin y al cabo, ¿qué? ¿Que se pone la cosa fea? Le parto los dientes al Von, y me largo al otro lado de la isla, donde no esté Dago Corsi. Como decía mi abuelo: «El ladrón prudente que obra con decencia, llega a viejo». Y valgo yo mucho para que, guapo y retozón como soy, vaya a morir tontamente.

Emitió un agudo silbido, y de árboles, de portales y de esquinas, aparecieron uno a uno todos sus bandoleros: una veintena que le rodearon con alegre respeto.

—Compinches… Mudamos de aires. Mañana embarcaremos rumbo a Ajaccio, para ver de aplastar a un gusano llamado Dago Corsi, Debe ser un tipo de campanillas, porque nos pagan… diez mil florines por cazarlo, vivo o muerto. Por lo tanto, y como decía mi

abuelo: «Respeto debido a las buenas tajadas». ¡Viva Dago Corsi!…, hasta que lo cacemos.

CAPÍTULO III

ESPLENDIDEZ

Giordano Stefano, Podestá de Ajaccio, distaba mucho de ser el prototipo de prohombre político honesto y dispuesto a defender hasta la muerte un ideal: era un hombre amable, inteligente y acomodaticio, que hacia tiempo que se mantenía en su cargo, porque evitaba escrupulosamente el crearse enemigos.

Tenía a su servicio un gran número de espías, y, sabiendo muchas cosas, prefería callárselas, para sólo emplearlas en un caso necesario.

De los informes recién recibidos resaltaban tres evidencias: Dago Corsi seguía considerándose el «rey de Córcega», actuando sin acatar más ley que su propia voluntad.

No extrañaba al Podestá tal circunstancia, y lo consideraba un mal menor, mientras el bandolero persistiera, por razones sentimentales relacionadas con las condesas de Montemar en erigirse defensor de la ciudad frente a la posible proximidad de una invasión.

La segunda evidencia era que no tardaría mucho en presentarse el ataque de mercenarios enrolados en Génova y asalariados por la Banca de San jorge.

Y la tercera evidencia era que… Bruno Sarto, el apodado «Espléndido» por su prodigalidad y fastuosas fiestas, no se conformaba con ser en apariencia uno de los patriotas corsos, y, juntamente con el propio Podestá y el condotiero Ugo Paolo Renzo, el tercer componente del triunvirato legal de Ajaccio.

Los agentes de la tenebrosa sociedad calificada «El Pulpo»[1], exterminados por Dago Corsi, se alojaban en una casa que muy pocos sabían pertenecía a Bruno Sarto. Y allí habían recibido la

visita de un enmascarado mordaz y autoritario, al cual nombraban «Excelencia».

El juego era peculiar y vulgarmente conocido por «tener baza en dos barajas». Sonrió el Podestá pensando en todo ello, porque también acababa de decidir el jugar una carta maestra.

Y para eso había convocado a su entrañable amigo Bruno Sarto, y, en la espera, mezclaba mentalmente con cautela todos los triunfos de que disponía, dispuesto a sacar el mejor partido de la situación.

Bruno Sarto, hombre maduro, de buena presencia, era un sibarita ambicioso. Secretamente acariciaba la ilusión de llegar a ser, en un día no muy lejano gobernante de Ajaccio, obedeciendo tan sólo los mandatos que desde Génova recibiera.

Por el instante era, simplemente, un leal corso, amante de la buena mesa y de los placeres, y ajeno a toda política.

Y recalcó esa apariencia cuando, tras afectuoso intercambio de saludos y banalidades, oyó que le decía el Podestá:

—No dudo, mi buen amigo, que habréis meditado en todas las posibles consecuencias de un triunfo de los invasores.

—Anticiparse al futuro, en cosas políticas, es la inteligencia del político. Y yo, afortunada o desgraciadamente, soy un egoísta epicúreo atento a vivir al día, olvidando el ayer y no pensando en el mañana. Fórmula que me mantiene alejado de toda jaqueca, pero también de toda responsabilidad honorable como la que vos tenéis. «Faciatosta» representa la fuerza armada contra el exterior, vos la fuerza de orden interior y buen gobierno de la ciudad, y yo soy meramente el banquero, no deseando réditos, porque me doy por bien pagado con acrisolar mi lealtad. Ésta es mi humilde posición en el triunvirato.

—Olvidáis una fuerza.

—El Consejo Mayor está rendidamente sometido a vuestra talentuda superioridad. Votan y aprueban cuanto presentáis, porque saben que, con ello, hacen lo mejor.

—Me refería a otro componente.

Sonrió desdeñoso Bruno Sarto.



—¿Cuál elegirás, "Coclicó"?—preguntaba el desconocido.

—Dago Corsi no es más que un bandolero. No discuto que es preferible tenerlo, mientras le dure el capricho de estar dispuesto a oponerse a los invasores. Pero tarde o temprano vos mismo tendréis que decretar su puesta fuera de combate. Es un elemento pernicioso, al cual, por la intervención de «Faciatosta», se le tolera ser considerado un condotiero más. Pero su fondo real asoma

continuamente, aunque ya os supongo enterado de sus pasos.

—Hay que tolerarle mucho por ahora, y creedme que tanto esfuerzo me cuesta a mí, como a vos, el tener que aceptar por aliado a un bandido. Pero como bien alegasteis, lo hacemos en bien de Córcega, ya que suelto y a espaldas nuestras supondría un peligro. Siempre os he tenido por un hombre de preclara visión de las cosas, ajeno por completo a intolerancias y fanatismos, como corresponde al caballero de experiencia que sois. Hacedme el honor de considerarme a vuestra altura en este aspecto.

—Me superáis —dijo, halagado, Brumo Sarto.

—He decidido hablaros con entera franqueza, amigo Sarto. ¿Cuál es mi misión? Gozar de las prebendas que me confiere el cargo de Podestá, procurando mantener en lo más posible una buena armonía entre los habitantes de Ajaccio.

—Y lo realizáis muy cumplidamente, Excelencia.

—Tiene también el título de «Excelencia» el que por una causa u otra pueda gobernar. Yo no aspiro a gobernar. Me basta, con seguir siendo Podestá.

Entrecerrados los párpados, Bruno Sarto escuchaba con creciente interés.

—Quiero demostraros hasta qué cumbres inaccesibles llega mi tolerancia. Suponed que yo supiera que alguien muy señalado en nuestra ciudad como leal patriota es encubridamente un conspirador y de alcurnia. Podría apuntarme un magnífico triunfo, ordenando fuera encarcelado y ajusticiado. Pero, por razones de amistad y mutua conveniencia, y también por una previsión del futuro, desisto de ganarme el aplauso de los torpes. Yo soy el verdadero patriota, puesto que, en vez de suprimir a ese conspirador de que os hablo, lo considero al igual que yo un hombre inteligente que comprende que Córcega se desangra en su inútil lucha contra la República de Génova, que a la larga vencerá. ¿Qué quieren los genoveses? Agrandar su territorio, con esta isla, mejorándola. Ved que os califico como mi confidente. Cuanto os he dicho, de no ser vos sumamente perspicaz, y aunque no haya testigos, serviría para firmar mi sentencia de muerte. Pero, como vos, soy un epicúreo, y considero que mejor se vivirá bajo el amparo de la fuerte República de Génova. No digáis nada, amigo. El día de mañana, yo muy gustoso seguiré siendo Podestá, y con gran

placer sometería mis decisiones a la aprobación del que, hoy enmascarado, recibe el título de «Excelencia» por los agentes de «El Pulpo». Os he dicho esto, en evitación, de que infundadamente pudieran los interesados creerme un corso obtuso y fanático. Sé también que para los genoveses constituiría un triunfo político, demostrando que no son tiranos, lograr que el mismo Podestá continuara siéndolo bajo su tutela, y que un gobernante bien visto por el pueblo corso, por su… esplendidez y fastuosidad, inculcara a éste la idea de que es mejor prosperar como satélite de Génova, que desangrarse en estéril lucha.

Hizo una larga pausa el Podestá. Bruno Sarto limitóse a tender la diestra.

Después, dijo tan sólo:

—¿«Faciatosta», Dago Corsi?

—Nunca la fuerza bruta triunfó sobre la esplendidez del talento. Por el instante, hay que tolerarlos. Ellos mismos se ensartarán en la espada invasora. ¿Me permitís un breve comentario sobre el arte político para gobernar a una turba de fanáticos sin cultura como desgraciadamente es el pueblo corso?

—Vuestro consejo es para mi inapreciable.

—Nosotros no debemos ayudar al Destino. La muerte que convertirá en héroes a «Faciatosta» y Dago Corsi, será obra exclusiva de Génova. Nosotros lloraremos ese día fatal, y, como buenos corsos, aconsejaremos al pueblo paciencia y que se dejen guiar en espera de tiempos mejores, bajo los auspicios de los vencedores. Perderíamos todo este prestigio si por cualquier coincidencia nos pudieran relacionar algún día con la desaparición de esos dos brutales defensores de una lucha imposible. Y como ya es enojoso el hablar de los áridos, temas que para sobrevivir debemos conocer a fondo, ¿no os parece mejor que me ilustréis con la amena descripción de vuestras últimas adquisiciones en orfebrería y pinturas?

Cuando ambos se despidieron, un fuerte lazo les unía: sabíanse ya los dos gobernantes de Ajaccio…, cuando «Faciatosta» y Dago Corsi hubieran caído vencidos por el empuje invasor.

* * *

Giordano Stefano consideraba muy útil el dedicarse a estudiar el

estado de ánimo de los que venían en petición de audiencia. Para ello, antes de recibirlos, dedicábase a observarlos por una estrecha mirilla que, cerca de la puerta de su despacho, disimulábase en la antesala, mediante un panel de madera en la que la imaginación del artista había pintado unos resaltes en forma de conchas marinas, de diversos colores.

Cuando, al otro extremo de la antesala aparecieron dos individuos, Giordano Stefano pestañeó, sorprendido.

El hosco semblante, endurecidos los rasgos faciales, que adoptaba el trovador Luys Gallardo en su papel de Dago Corsi, daba siempre la impresión de cólera contenida.

Junto a él, un individuo alto, membrudo, de castaños cabellos y claros ojos, muy bronceada la tez, vestía con rebuscada elegancia.

El propio Podestá abrió la puerta, y, anticipándose al chambelán, dirigióse al encuentro de su provisional aliado.

—Bienvenido, messer Corsi. Vuestra visita me colma de orgullo. ¿A qué se debe tan señalado honor? Hacedme la merced de precederme. Vos no podéis hacer antesala.

—Naturalmente que no —dijo Gallardo, con todo el infatuamiento del Diablo Corso.

Penetraron en el despacho.

—He aquí a M. Truand Lascar, el célebre capitán bretón, del que seguramente has oído hablar.

El cortés saludo del corsario fue devuelto con amable reverencia por el Podestá.

—Bienvenido, capitán Lascar. Presentado por messer Corsi, tenéis de antemano concedido lo que deseéis.

—No venimos a pedir, sino a dar —replicó, ásperamente, el trovador.

—Excusadme, entonces, señores —sonrió el Podestá—. Estoy mal acostumbrado, ya que generalmente pocos vienen a obsequiarme.

—Al grano, Podestá. Cedo la palabra al capitán Lascar, que te expondrá su deseo.

—Cuarenta marinos necesito para dotar una galera de remos, Excelencia.

—Pondré a vuestra disposición uno de mis pregoneros, para que, con mi autorización, proclame la leva y paga, capitán.

—La paga sale de tu cofre, Podestá —dijo el trovador.

Él prohombre prefirió sonreír como divertido. Miró al bretón.

—Si me engaño, corregidme, capitán. Hace unos tres años recalasteis en este puerto. Estabais combatiendo al turco, loable empresa que merece el aplauso de toda comunidad cristiana. Después…, corrió el rumor de que, entablando combate contra varias galeras turcas, hundieron vuestro velero y os hicieron cautivo. Me complace saber que era infundado el rumor.

—Estaba cautivo del remo, hasta la llegada de messer Corsi, Excelencia.

—Ah… Según me ha indicado messer Corsi, tenéis galera. Que un cautivo se fugue, nada tiene de particular cuando posee vuestra audaz personalidad. Ya es más asombroso que… poseáis galera.

—Gracias a messer Corsi.

El Podestá, con gesto de admiración destinado a halagar al bandolero, miró al trovador.

—Corría el rumor de que teníais entrevista con Abdul Hamez, el Poderoso.

—La tuve.

—Con óptimos resultados, supongo…

—Para él, no. Murió.

—Agradable noticia.

—Sus tres galeras son mías ahora. Una es propiedad del capitán Lascar, ya que contribuyó con su esfuerzo. Otra es mía. Y la tercera, me sobra. Las tres las capitaneará M. Lascar, porque tal es mi deseo.

—Nadie mejor podía hacerse cargo de tal cometido.

—La tercera galera la regalo a Ajaccio. Hacía falta tener naves. Las tiene ya Ajaccio. Tú contribuirás. Proporciona bombardas, artilleros y los mejores marinos. Y que todos tus pregoneros proclamen a diestro y siniestro que Dago Corsi hace donación a Ajaccio de una nave. Pueden también añadir que duerman tranquilos, que defendida desde las alturas por «Faciatosta», desde el mar por el capitán Truand Lascar, y por todas partes por mí, dura tarea les espera a los invasores, que muy felices se las prometen, ignorando que entre ceja y ceja se me ha metido el capricho de darles escarmiento.

—Estimo, messer, que tan fausta noticia regocijará al buen pueblo, y vuestra esplendidez es digna de encomio, inscribiéndose

en los Libros de Oro de la ciudad.

—Menos adulación y al grano. ¡Ay de ti si corderos envías como tripulantes de la galera que te doy! Que bien te dije que me hartan los comodones que, como tú, luchan desde un sillón.

Palideció levemente el Podestá.

—Cada hombre en su sitio, messer. Ni vos podéis estar donde yo, ni yo podría ser quien sois. Pero nos une un fin común: la defensa de nuestro suelo patrio. Y ya que de ello hablo, permitidme felicitaros por el exterminio que como héroe de epopeya vos solo hicisteis entre los agentes de «El Pulpo». El inglés Charles Mombray, agente de Génova, y sus diez esbirros, así como Gubio Orsini, demuestran con su muerte a vuestras manos que los traidores no prosperan en Ajaccio.

—No lo propalé.

—Ni yo, messer. Pero mis mejores agentes tienen a gala ensalzar vuestras genialidades. Hace tres noches os vieron a solas emprender la prodigiosa heroicidad de atacar a once hombres y vencerlos.

—Así soy yo. Nos vamos. Y si tan bien informado estás, ordena ya el toque de queda y alarma. Tengo noticias de que embarcada, se acerca una expedición de invasores. Les daré la bienvenida, pero que todos tus sayones estén con las armas dispuestas, y también el coraje a punto. Que muy fácil resulta ser valiente persiguiendo a bribonzuelos. Y a propósito, llama a tu agente, que me vio cortar tentáculos de «El Pulpo». Quiero felicitarle.

—Os ruego, messer, que no toméis represalia contra él. No hizo más que cumplir órdenes mías.

—Llámalo.

Salió el Podestá, jurándose en su fuero interno que el día en que le anunciaran la muerte del Diablo Corso, se embriagaría, más que de vino, de deleite.

—Duro estáis con el Podestá —dijo, en voz baja, Lascar.

—Yo, no —sonrió Gallardo—. Es Dago Corsi.

Los ojos del trovador tenían un brillo excitado…

Apareció un hombrecillo, de mirada fugaz, negras ropas y evidentemente asustado.

—Acércate, piojo —ordenó Gallardo—. ¿Tú me viste atacar a Charles Mombray? Contesta sin temor. Yo no mato insectos.

—Veros…, magnífico señor…, no os vi.

—¿En qué quedamos?

—Quiero decir que os vi tirar dos ballestazos contra dos bravis que custodiaban la casa del Sendero de los Álamos, mientras Gubio Orsini, que con vos iba, entraba. Después salisteis… y yo entré. Vos acompañabais a madona Alessandra Renzo…, y en el interior de la casa había doce cadáveres. Antes de que vos salierais…, una mujer escapó huyendo a todo correr[2].

—¿Me ojeaste bien?

—Quien una vez os vio, no os olvida, magnifico señor. Sois único e inconfundible.

—Procura otra vez no andar pisándome los talones. Podría yo sentirme irritado. Detesto los mosquitos rondando. ¡Vete, piojo!

Hizo el Podestá una señal inútil, aconsejando salir al espía, porque ya éste salía a toda prisa.

—¿Por qué me siguen tus sabuesos, Podestá?

—Para protegeros, messer.

—No necesito custodia. Te advierto que, si de nuevo me espían, los degollaré. Hasta la vista, Podestá.

Truand Lascar y Giordano Stefano hiciéronse un ceremonioso saludo. En la calle, el bretón comentó:

—Resulta curioso que os interesara saber lo que ya sabíais.

—¿Qué es lo que yo sabía?

—Pues que dejasteis la firma de Dago Corsi en doce cadáveres.

—Ahora lo he sabido. Hace tres; noches, capitán Lascar, yo estaba en alta mar con Rasuni, rumbo hacia la playa donde, aguardaba Abdul Hamez.

—¡*Tonnerre et misere*! —exclamó Truand Lascar.

—¿Entonces…?

Alzó Gallardo la mano izquierda, donde en el meñique un estrecho cordón de oro formaba anillo, casi invisible.

—¿Recordáis? Os expuse mis dudas sobre la muerte de Dago. Ves, como hombre cauteloso que sois, me sugeristeis este medio para que cuando, después de alguna separación, nos encontráramos, estuvierais cierto, viendo este anillo, de que yo era Luys Gallardo. Pues dicho queda. Miradme siempre el meñique izquierdo.

—Dago Corsi vivo, supone un gran peligro para vos.

—Que me encanta. En el fondo, me disgustaba que hubiera muerto a manos de otro. Y ahora deseo tener una conversación con

el cazurro hércules que se hace apodar Dom Corpacho. Pero antes iré a inspeccionar mis cuarteles.

—¿La Gruta de Anfítrite?

—Tendría gracia que allá estuviera el verdadero Diablo.

—Os acompaño…, y, si me permitís el consejo, aguardad la noche.

Rió alegremente el trovador.

—Vos estáis en el secreto, pero para quien lo ignora, y suponiendo que en mi ausencia Dago haya vuelto a mandar en sus fieras, ¿cómo puede él demostrar que no es Luys Gallardo, un trovador imprudente? Bastará con que afirme que yo soy el único, el magnífico, el legítimo…

—Olvidáis vuestro costado. Dago, con mostrar su flanco cosido de cicatrices, con las huellas de las mordeduras…

—Mosca… Lo había olvidado. Creo mejor, pues, tratar de sacarle la verdad a Dom Corpacho. Vamos allá.

CAPÍTULO IV

ANTES DE ZARPAR

Rossana Mégeri, esposa del condotiero Braceo Montano, había sido diez años antes una delicada jovencita, maestra en dengues y remilgos. Cuando en la pequeña ciudad donde residía anunciaron que el fiero y valiente Braceo Montano, con sus huestes, se detendría por unos días en su camino hacia Milán, Rossana Mégeri instó a su padre para que consiguiera tener el honor de alojar al condotiero.

El padre, mercader, estimaba muy relativo dicho honor, pero no negaba nada a su única y consentida hija.

Braceo Montano, con sus mostachos, su atlética corpulencia y su fama de bravura, agradó a la anémica pueblerina, que estaba deseosa de ver mundo, viajar y frecuentar cortes.

Una ambición que, siendo esposa de condotiero, podía lograr. Desde el día en que se alojó en casa de los Mégeri, muchas veces Braceo Montano se había preguntado qué demoníaco arte había empleado la doncella de frágil apariencia para en poco tiempo llevarle al altar.

Pasaron unos años… Rossana engordó en proporciones increíbles. Su delicada tez se hizo áspera. Su voz enronqueció. Nada quedaron de los dengues y remilgos, y ella era la que mandaba.

Cuando alguna que otra vez el condotiero insinuaba que en un momento de exasperación, cosa frecuente, podía arrojar por la ventana a su cónyuge, o hacerla, lapidar por sus guerreros, Rossana encogíase de hombros despreciativa.

Sabía ya que el perro ladrador no muerde y con avinagrada mueca manifestaba que, gracias a su dote, tenía el condotiero equipada a su mesnada, que no gracias a sus triunfos.

Y añadía que los hombres que seguían a Braceo Montano la respetaban más a ella que a él, cosa cierta.

En la tienda de campaña donde esperaba noticias de la entrevista con el consejero genovés, Rossana se dedicaba a escuchar complacida las necedades que con aire docto exponía su hijo Pazzo.

Un afeminado doncel desesperación segunda de su padre. Empachado de lecturas mal digeridas, Pazzo Montano aseguraba que en lides bélicas él llegaría a ser un condotiero sin par.

No abandonaba nunca la tienda ni las faldas maternas. Pero eso no obstaba para que criticara cuantas medidas tomaba su padre.

Llegó Braceo Montano, que expuso cuanto habíale dicho Barnabó Lieto. Al terminar, Rossana contraatacó, porque imprudentemente el condotiero hizo constar que si había oro y gloria a ganar en Córcega, debíase a la fama que habíase sabido labrar:

—Te envían de avanzadilla, ah sacrificio, a la degollina, Braceo. Y a las órdenes de un teutón que no repara en vidas humanas. Córcega es tierra de salvajes, que combaten de veras. ¿No oíste decir que desuellan vivos a los prisioneros?

—Y no pueden aplicarse las estrategias —empezó a decir Pazzo, con aire doctoral.

La fulminante mirada de su padre no le hacía ya efecto, porque cuando Braceo Montano se disponía a añadir la acción, interponíase la madre defendiendo a su retoño.

—Si quieres morir, allá tú —mascullό la virago—. Pero mi hijo y yo no te acompañaremos en tan suicida expedición. Bien está arrasar una aldea y escapar al galope. Pero en una isla, con mar todo alrededor, sin retirada…

—La táctica romana rehúye el combatir en islas, de no estar apoyada la masa guerrera por naves. Iremos al fracaso.

—¡Eso es! —aprobó, vigorosamente, Rossana.

Braceo Montano veía una ocasión excepcional. Era astuto, y a veces sabía callar. Fingió estudiar las protestas de su esposa e hijo, que iban *in crescendo*.

Dijo por fin, como dubitativo:

—Es mucho oro, y más el que allá puedo ganar.

Rossana acariciaba entre sus dedos la orden de pago recibida de manos de Barnabó Lieto.

Pazzo, inconscientemente, ayudó a su padre:

—Yo opino, mamá, que padre podría intentar la suerte. Nosotros nos quedaríamos aquí con una pequeña escolta.

La astucia de Braceo Montano se demostró ahora:

—¡No puedo consentirlo! La mujer debe seguir siempre al esposo, como hasta ahora. ¿Quién manda aquí?

—Eso digo yo: ¿quién manda aquí? —Gruñó Rossana—. El niño tiene razón. Si eres hombre, no puedes exponer mi vida. Nos quedaremos aquí.

La cólera del condotiero adquirió apopléticos fulgores en su bien fingida manifestación.

—¡Vendréis conmigo!

—¡No! Irás tú solo.

Pazzo, jubiloso, miraba alternativamente a los autores de sus días. Por fin, dijo, meloso:

—Padre… Los manuales de Tito Livio aconsejan la retirada.

Quedó, pues, decidido que Braceo Montano no disfrutaría de la compañía de su esposa e hijo. Y dirigiéndose hacia la tienda de campaña de su amigo Tulio Pandolfo, una amplia sonrisa dilataba las guías de su mostacho en herradura. Hacía tiempo que no sonreía…

Tulio Pandolfo tenía una esposa bonita, sumisa y callada. Y una hija fea, rebelde y parlanchína.

Sus mercenarios llamaban a los tres: el búho, la cordera y la leona. Cuando terminó de relatar con exageradas alabanzas inexistentes cuanto le había dicho Barnabó Lieto, su esposa calló.

La hija hizo un breve comentario:

—Si vencemos, y la isla queda en poder de Génova, seremos ricos y podré casarme con un noble corso.

Tulio Pandolfo meditó que consideraba a los corsos muy heroicos, pero no tanto como para casarse con su hija.

Después de almorzar vio con agrado que Braceo Montano le venía a visitar, con gesto satisfecho, aunque en palabras lamentóse «el Montañés» de que ni su esposa ni su hijo le acompañarían en la expedición.

Y estaban conversando, cuando llegó un seco y envarado teutón, para entregarles un mensaje de Erich Von Merck, en el que se ordenaba que al amanecer siguiente estuvieran reunidos con todas

sus huestes en la extensísima playa de Neptuno, para zarpar.

* * *

Curzio Castiglione era soltero. No era un veterano como Pandolfo y Montano. Era bisoño, modesto y valeroso, pero pecaba de fría complacencia en la matanza.

Pero como su ejecutoria de condotiero libre era mucho más reciente que la de los otros dos, tenía menos crímenes en la conciencia.

No aguardó a que Erich Von Merck le enviase un mensaje. Dirigióse hacia la cima de la colina, donde el teutón tenía establecidas sus tiendas.

Veíase que los reitres a las órdenes de Von Merck tenían racialmente y por dotes de mando de «Sans Merci» una disciplina ejemplar.

Chocaba el contraste del orden, limpieza y vigilancia que reinaban en el campamento, con el desorden, suciedad y abandono en que solían acampar los italianos.

Pero, pese a su juventud, Curzio Castiglione sabía, por cuantos tudescos había conocido, que personalmente eran amables y simpáticos, siendo, en cambio, duros y autoritarios si desempeñaban algún mando.

Y también como buen italiano sabía el poder de la adulación. Hizo repetidas reverencias al hallarse frente al condotiero de rostro apenas visible tras el enrejado del casco.

La broncínea armadura destellaba con rutilantes rojeces, como si fuera de llamas.

—Siendo vuestro directo subordinado, señor, he venido para recibir vuestras órdenes.

—Al amanecer nos congregaremos todos en la playa de Neptuno. Y en dos galeones zarparemos rumbo a la isla. Y ya que habéis venido, os anticiparé cuál será vuestro cometido. Antes de emprender una expedición de tanta importancia, es preciso documentarse. He obtenido los precisos informes. También he sabido que sois buen combatiente. Por lo tanto, no lo toméis a mal, ni contra vos dirijo mis censuras, pero en Italia se tiene una pobre idea del combate en campo de guerra.

—Muy cierto. No hay jefes de talla. Simples aventurerillos sin

disciplina ni experiencia en verdaderas lides.

—Eso es —aprobó el teutón, con voz amable—. Nos entenderemos, señor, Ved mi plan… —Y sobre la mesa extendió «Sans Merci» un pergamino en el que aparecía el contorno de Ajaccio con toda su bahía. —Montano y Pandolfo se fortificarán en el litoral norte, como fuerza de contención. Pero la parte eficaz del ataque nos corresponde a nosotros…

Fue exponiendo Von Merck su plan, y, al terminar, Curzio Castiglione dijo, sin adulación:

—Ajaccio caerá en vuestro poder, señor. Habéis pensado en todo.

* * *

A las tres de la madrugada, un loro paseábase gruñendo como un filósofo embebido en meditación ardua por el reborde de un balcón.

En la larga calle parecía no haber nadie. No obstante, cuando en el balcón apareció la silueta de Bruyant Lartiguers, varias sombras hasta entonces inmóviles se alargaron al ponerse en pie.

Y el loro, refunfuñando, vino revoloteando a posarse en el hombro del gascón, mientras éste despedíase de su galante cita.

Fue descendiendo por la escalera que después desde arriba se izó. Ya en el suelo, aplicó las espaldas contra la pared al ver avanzar las sombras.

El loro graznó:

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema!

Bruyant Lartiguers silbó agudamente. Desenvainó y volvió a envainar. Los que se acercaban eran sus propios hombres, que reconoció al estar a poca distancia.

—A la playa de Neptuno, compinches. Quiero ver los flotantes maderos en que nos quieren meter, y como nos gusta mucho el suelo sólido, si no ofrecen seguridad, se embarcarán los otros.

Pero los dos galeones que anclaban en la extensa bahía de la playa de Neptuno eran sólidos y de recia estampa.

No había aún llegado nadie, cuando, tendiéndose en la arena, y rodeado por su cuadrilla, con todo descaro, empezó el bandolero gascón a contar:

—Ha sido una cita curiosa. Acudí con tiento, porque aunque sé

que las italianas son amables, también sé que son todos unos tramposos. Y a mí no hay quien me engatuse, que para eso soy el mozo más listo y guapo de toda Gascuña, tierra de majos y listos. Pregunté por la casa que me indicaban en el papel recibido estando en la taberna, que me cayó sobre la mesa, lanzado desde lo alto con ayuda de un medallón. Me dijeron que era casa largo tiempo deshabitada. Fui oliéndome trampa, pero como me gusta el follón, acudí. ¡Amigos!

Y el gascón besóse los dedos.

—Una simpática enmascarada…

—¿Le quitaste el antifaz, parón?

—Lo intenté sólo una vez. Ella se resistió, y para no llevarme desilusión no insistí. Era una rubia espléndida. Me ha dejado nostalgia…

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda! —graznó el loro.

Rieron todos. Bruyant Lartiguers extrajo de su escarcela un medallón y un pañuelo.

—Esto es cuanto me queda de la bella enmascarada…

Los acercó a la luz de la antorcha clavada en la arena a sus espaldas.

Uno de los bandoleros, antiguo escribano, comentó:

—Hay iniciales, jefe.

—Sí. ¿Y qué? No significan nada.

—Pero tienen algo extraño.

—¿Qué es, talento?

—Son letras góticas.

—Mira, hijo, yo de letras no quiero saber nada. Rellenan el casco y dan malas digestiones.

—Las letras góticas sólo se emplean hoy en la tierra de Germania.

—Eso, ¿por dónde anda?

—Los principados teutones.

—Ah… ¿Y qué más descubres? A lo mejor me dices quién es el melocotón.

—Son tres letras, y también curiosas, jefe.

—Para ti todo es misterioso, y eso porque eres letrado. ¿Qué ves de raro en esas letras?

—Fíjate, jefe. La primera es una «E» mayúscula, la tercera una

«M» también mayúscula, y, en cambio, entre las dos hay una «v» minúscula.

—Bien, ¿y qué? —Y el gascón repitió, indiferente—: «E», «v» y «M». Tanto gusto. Muy señora mía. Gran placer en haberos conocido…

De pronto, pegó un salto, y, en pie, vociferó:

—¡Rayos! ¿Gótico? ¡Erich Von Merck! —Y con el mismo ímpetu que se levantó, tendióse otra vez, riendo a carcajadas.

El loro, que había volado prudentemente, regresó, graznando, irritado:

—¡Al que rechiste le parto los dientes!

Aguardaron los bandoleros a que su jefe se explicara:

—Se me ocurrió una idea horrible, debido a tus letras, compinche. ¿Sería la mujer del tudesco? Estoy en ascuas.

—Gente —dijo en voz baja uno.

Hundieren la antorcha en la arena, apagándola.

Se adhirieron al suelo. Pero al cabo de unos instantes, gritó Bruyant:

—En pie. Es la gente del «Von».

Había reconocido por sus destellos la armadura broncínea de «Sans Merci», cuyo peto de plata refulgía entre las sombras.

Bruyant Lartiguers, zumbón, hizo varios saludos ante la montura del condotiero.

—Verás que soy puntual, «mandamás».

Desmontaba «Sans Merci», en silencio.

—Me han dicho que eres casado, «mandamás».

—Llamadme Von Merck. Soy viudo.

—Ah… Y un robusto retoño, ¿no?

—Una hija… —mintió Von Merck—. Se llama Erika. ¿A qué obedecen esas preguntas?

—Curioso que es uno, capitán. ¿Viaja con vos? Y os doy trato ceremonioso, porque como padre de la bella criatura os lo merecéis.

—Embarcad en el galeón que está anclado junto a las rocas. Allá iré yo.

—Entonces, ya podremos tener palique. Estoy soñoliento… Hasta pronto, capitán.

Y riendo alejóse el bandolero gascón. Ya no le importaban las antipáticas réplicas del condotiero tudesco.

Pero cuando a bordo quedaron todos embarcados, y le vinieron a despertar, suspiró contrariado, al saber que ninguna pasajera acompañaba a las fuerzas de Von Merck.

Estaba cercano el mediodía. Había ya zarpado el galeón que llevaba a su bordo las mesnadas de Tulio Pandolfo y Braceo Montano.

Después de una hora, zarpó el que contenía las fuerzas de Castiglione, la reducida cuadrilla de Bruyant y el disciplinado ejército de Von Merck.

Y en su cámara, a solas, cerrada y velada la escotilla, y cubierta por telas la puerta cerrada, «Sans Merci» quitóse el casco, y sobre las espalderas de bronce cayeron los abundantes cabellos rubios de Erika Von Merck.

Mientras, en la cubierta superior, a poco de salir el barco, muchos eran los que, inclinados sobre la borda, daban de comer a los peces.

Curzio Castiglione presenciaba divertido cómo el loro aceptaba con graznidos satisfechos, aunque siempre coléricos los redondos ojos, el pan mojado en vino que le tendía Bruyant.

No tardó el gascón con sus alegres bromas en captarse la simpatía de Curzio Castiglione.

—… y será un gran guerrero, pero es un hueso.

—Conmigo ha estado muy amable.

—Pues a mí, no me traga. Pero tiene una hija… ¡Amigo! —Y se besó el gascón los dedos.

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda! —graznó el loro, balanceándose sobre el hombro del gascón.

—Tú lo has dicho, «Coclicó». Pero sé discreto, hombre, que un caballero no debe vanagloriarse de sus conquistas. Claro que… ¡yo no soy un caballero!

Retiróse Castiglione, porque notaba los primeros síntomas de mareo. Y luego meditó que se granjearía aún más la benevolencia de «Sans Merci», si le decía que el francés se jactaba de conocer a su hija, en tonos que querían significar mucho más.

CAPÍTULO V

UN OBSTÁCULO

Iban Luys Gallardo y Truand Lascar camino del puerto, cuando oyeron tras ellos el recio repicar de unos cascos.

Medio centenar de jinetes acudía a todo galope. La gente se apartaba. Oyéronse exclamaciones:

—¡La escolta de Dago!

Era Filipo Ferrante, el que, al frente de sus «Cincuenta de Bastelica», ostentaba con orgullo las blancas capas bordadas con dagas, que flotaban a espaldas de los jinetes.

Desmontó, para cuadrarse marcial y sonriente:

—Bienvenido, mi capitán. Llegué tarde al palacio del Podestá, porque no me comunicaron con tiempo tu llegada. Sigo recaudando los diezmos. No hay más novedad sino la ausencia de tu lugarteniente Bembo «Camorra» y cuantos Hermanos Corsos había en la gruta. Novedad que ya conocerás; no tuve tiempo de hacer averiguaciones, puesto que tan pronto uno de mis centinelas advirtió tu presencia fugaz, fui a buscar a Bembo y los demás.

—Gracias, Filipo. Continúa tu labor. Y que uno de los tuyos me preste su caballo.

Poco después, asiendo por la brida el caballo, y mientras se alejaban los demás, al negarse él a ser escoltado, comentó Gallardo.

—Bembo y el resto de los Hermanos Corsos han seguido a Dago. ¿Hacia dónde? Hacedme un favor, capitán. Id vos a reuniros con los demás en las Sangrientas. Dejad chalupa velera para mí.

—Discreto soy, pero dejadme inmiscuirme. A solas…

—Iré mejor. Voy al castillo de Montemar… porque me temo que, valiéndose de mi ausencia, el que yo supuse muerto, puede haber cambiado las tornas, substituyéndome. Debe terminar de una vez

para todas este juego peligroso. Dago morirá definitivamente a mis manos.

—¿Queréis que use unos procedimientos muy personales para sacarle la verdad a Dom Corpacho?

—No. Porque aunque misterioso, el gallego no me quiere mal. Organizad las naves, y ya nos reuniremos en las Sangrientas. Me bastarán unas horas. Si tardase más de lo justo, y mañana al amanecer no estuviera con vos… y mirad mi meñique… a vos incumbe terminar con el Dago que se os pueda presentar.

Embozando la mitad del rostro con el vuelo de su capa, alejóse al galope el trovador, dispuesto a proceder con la máxima cautela. Era preciso, antes que nada, cerciorarse de que no había sucedido nada irreparable en el castillo de Montemar.

Después… en lucha abierta y frente a frente, dar muerte a Dago Corsi, tan pronto diera con su pista.

* * *

En lo alto del erecto peñón[3], un hombre, aunque macizo, tendiendo a la gordura, carirredondo, estaba tendido sobre una manta, pareciendo disfrutar del fresco aire que en aquella planicie ascendía del mar.

En realidad, Bembo, el piamontés, tenía ansia de verse libre de la desagradable sensación que le atormentaba.

Para él, desde su llegada al peñón, todo eran fantasmas: las silenciosas figuras de encapuchados; una femenina aparición de máscara maligna; los mismos perros deambulando adheridos a las húmedas paredes rocosas, horadadas con largos subterráneos obscuros, que repentinamente se iluminaban cuando al extremo pasaba un encapuchado sosteniendo en alto una antorcha.

Y para colmar su pánico, hasta se le antojaba que el que antes era su risueño amo, ahora, quizá contagiado por el fúnebre ambiente, le lanzaba de vez en cuando terroríficas miradas.

Podía también ser debido a la propensión a divertirse con él, asustándolo, pero lo cierto era que Bembo notaba algo extraño, indefinible, en su amo.

Por de pronto, éste, al igual que en la Gruta de Anfitrite, había ordenado que ningún Hermano Corso saliera del peñón. Él se ausentaba generalmente de noche…

Y las noches, para Bembo, convertíanse en un continuo sudor acompañado de temblores. Se oía el deslizar de pasos, prefería acudir a la defensa de envolverse la cabeza en su capa, para no ver.

Hasta había perdido el apetito, conformándose con comer pescado asado y pan, cuando olía a cocineras fragancias dimanantes de la oquedad en la que agrupábanse varios Hermanos Corsos, con Buceo, el que ahora parecía gozar de la confianza de su amo.

No obstante, durante el día, los ánimos le volvían en parte. La luz del sol, el azulado mar, la pacífica aldea pescadora, todo el paisaje, en fin, le infundía valor.

Y aunque con sobresaltos, entonces dormía hasta el crepúsculo, en que las primeras sombras le tornaban a asustar, porque eran preludio de la vida nocturna que, por lo visto, se desarrollaba en el peñón.

En aquella planicie disfrutaba de relativa soledad, y había hallado un escondrijo que, horadando la peña en forma de herradura, pero con una sola salida, tal vez le permitiera aquella noche dormir también.

Se puso en pie pesadamente, cuando, asomando el busto mientras subía las pequeñas escaleras talladas en la roca, apareció Dago Corsi.

El Diablo Corso miró sin amenidad al que le suponía el trovador Luys Gallardo.

Puso Bembo cara compungida para susurrar:

—Esto es de miedo, mi amo.

—No lo sabes tú bien aún, lechón.

—Fantasmas por doquier. Yo quisiera… quisiera irme… Perdona, quiero decir que me alegraré cuando te vayas.

—Eres asustadizo como una mujerzuela.

—Trato de dominar el miedo, mi amo, y muchas veces me has dicho que ése es el verdadero valor. Pero no te veo reír… Estás de mal temple, y si tienes penas, me apena.

—No quiero yo perros fieles. Ve e a la cocina, come y duerme, que aún no he decidido lo que contigo voy a hacer. Y no vuelvas por esta altura, o te cortaré las orejas y te las comerás a la parrilla. ¡Andando!

Lastimado, obedeció Bembo. ¿Dónde estaba la risueña jovialidad de su amo? Ningún contratiempo lograba hasta entonces privarle de

su buen humor…, y, en cambio, desde que estaban en aquel maldito peñón, tétrico era el aspecto del hermoso rostro viril.

Refunfuñando quejas, dirigióse Bembo a la cocina, donde varios bandoleros procedían a prepararse comida.

Las tinieblas apenas disipadas por algunas antorchas, alargando sombras, aumentando los tenues ruidos, contribuían a sembrar el malestar en el espíritu del rollizo piamontés.

Era un pánico que no podía dominar, y por eso prefirió desobedecer por vez primera a su amo, abandonando la cocina después de apoderarse de una hogaza de pan, varias sardinas medio crudas, que arrebató, con acopio de injurias, a Buceo, y una suculenta salchicha.

Llevando el botín bajo el brazo, pisando con cautela, asomó primero la cabeza; y después el busto, cuando se cercioró que en la plataforma no había nadie.

Corrió, anadeando como un pato perseguido, hasta la oquedad en cuyo interior se agazapó. Allí las tinieblas eran completas, pero en el estrecho recinto sabía que estaba solo, y armándose de valor, se juró que, si en la boca de entrada por la que a duras penas pudo colarse, oía entrar «algo», esgrimiría su puñal sin el menor reparo.

No pedían ser gentes de bien cuantos moraban en el peñón. Sintiéndose casi con ganas de llorar, empezó a mordisquear su pan…

Y lloró, porque hasta la salchicha le parecía carente de gusto, al pensar en la hostilidad que le demostraba su amo, el hombre por el cual él lo soportaba todo, a cambio de una sonrisa y una broma.

Pero ¿dónde estaban las sonrisas y las bromas? Se atragantó, y reteniendo un sollozo, manoseó la empuñadura de su puñal.

Oía, primero confusamente y después con toda claridad, una voz ronca, grave y autoritaria, a la que replicaba la conocida de su amo.

—… y todo va a la medida de nuestros deseos, señor lobezno. Os casaréis con Alicia y seréis el gobernador de Ajaccio.

—Pero cuando mi…, cuando él vuelva, seguramente se dirigirá al castillo de Montemar.

—Ya os dije, y me duele repetiros las cosas, porque parecéis desconfiar de mis medios, que Luys Gallardo os cree bien muerto, y aunque así no fuera, tengo alguien que en el puerto, apenas llegue el trovador, sabrá impedirle que vaya al castillo. Y nuestro trovador

estará muy atareado, tratando de detener la primera oleada de invasores.

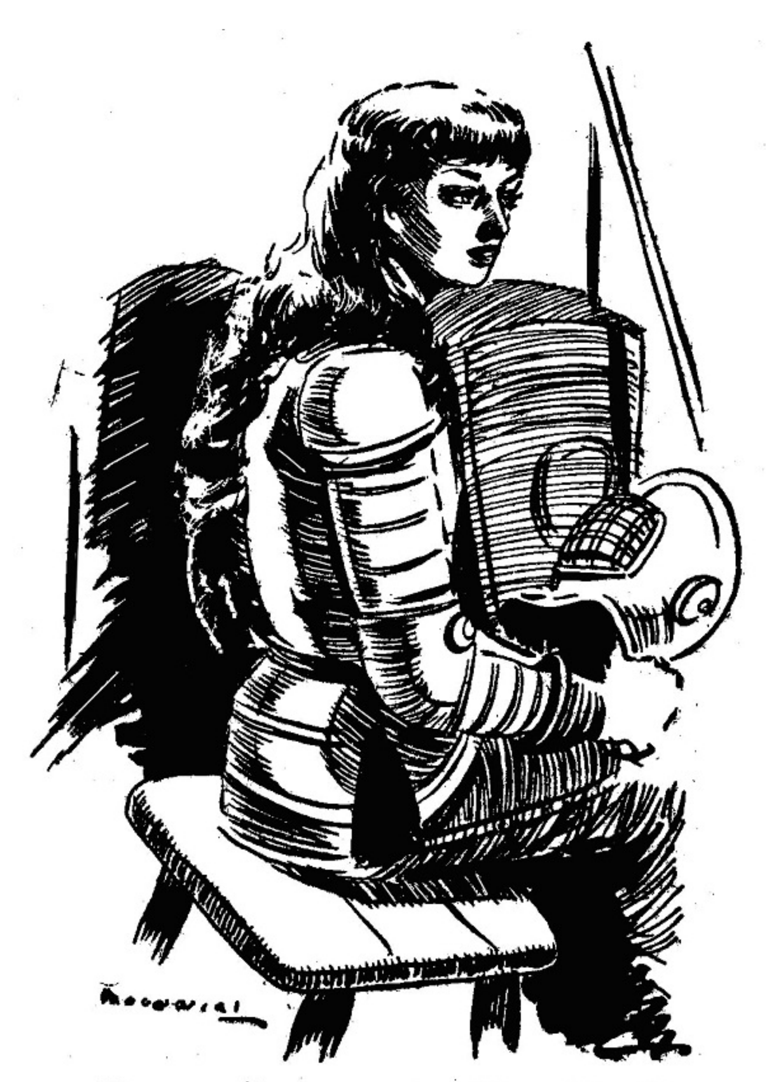
Bembo, en su covacha, sudaba copiosamente, erizados los cabellos y abierta la boca en temblor convulsivo. Un terror sin nombre le mantenía como petrificado. ¡Era Dago Corsi, vivo!…

Sintióse enloquecer, presto a aullar de pavor. Empapado en sudores, empezó a rezar fervorosamente.

—Vos, con las debidas precauciones, seguid de noche visitando a vuestra amada. Va acercándose el momento del triunfo, señor lobezno. Que el trovador, por su simpatía, va consiguiendo alianzas que Dago Corsi no obtendría, porque sois duro, áspero y desleal.

Y en su cámara, a solas, «Sans Merci» quitóse el casco…

—Tres amarguras, señor, de las que vos no podéis ni ser juez ni reprochar.



Y en su cámara, a solas, "Sans Merci" quitóse el casco...

Oyóse una risotada, que a oídos de Bembo resonó diabólica.

—Creo que, en el fondo, vos sois un sentimental, señor lobezno. Andad, y acudid a visitar a vuestro amor. Y no tengáis el menor recelo, porque en el camino de entrada al castillo he sabido yo colocar, para impedir el acceso al retozón trovador, un buen obstáculo.

—Que espero no será mortal, señor.

—No digáis ni supongáis memeces. ¿Iba yo a ordenar la muerte del que tan buenos servicios nos está prestando? Id…, que mi amada la luna aparece, y quiero hablar con ella.

Cesó la conversación. Bembo sentíase adelgazar por segundos. Y de repente, un pensamiento le galvanizó. ¡Tenía que avisar a su amo, a su risueño trovador, a su Ídolo! ¿Cómo?…

—Buenas noches —dijo la hueca y sonora voz del que hasta entonces había estado hablando con Dago Corsi.

Bembo, dispuesto a todo para salvar a su amo de la tenebrosa conjura que no entendía, asestó varios tajos en aspa. Perforó el aire.

¿Estaba, pues, hablando solo el interlocutor del Diablo Corso?

—Buenas noches —repitió la voz—. Como siempre, al verte aparecer blanca y socarrona, te venero, amada luna. Gracias a ti, fingiendo adorarte, si bien fama de lunático y loco he adquirido, también seré grande, temido y respetado, pudiendo por fin salir de las tinieblas.

El tiempo en que, agudizados sus sentidos, permaneció Bembo acurrucado, no lo pudo medir. Pensaba activamente. ¿Cómo huir?… Era buen nadador, y con tal de poner la mayor distancia entre Dago Corsi y los fantasmas del peñón, y su persona, seria capaz de zambullirse desde aquella altura, corriendo el riesgo de deslomarse.

Pero debía vivir para alertar a su amo, el verdadero el que le daba la alegría de vivir.

Tendió el oído, y arrastrándose sobre los codos, divisó la altiplanicie iluminada por la luna. No había nadie.

Empezó a descender, sudando a chorros. Súbitamente se detuvo, temblando como un azogado.

Algo más abajo, un encapuchado, andando aplomadamente se acercaba. Y el pensamiento de que su amo estaba corriendo un grave riesgo, le dio valor, acrecentando la potencia de sus músculos.

Saltó sobre la espalda del encapuchado, dedicando todo su esfuerzo a impedirle gritar, atenazándolo por el cuello.

Por unos instantes vacilaron atacado y asaltante, al borde del abismo. Con energías decuplicadas por el miedo y el instinto de conservación, logró Bembo atraer contra la pared rocosa a su presa.

Cesaron los movimientos del encapuchado, que desmadejadamente quedó convertirlo en fláccida anatomía. Con

jadeos y temblores, Bembo lo arrastró por los pies hasta una oquedad.

Lo desnudó velozmente, revistiendo su hábito y cubriéndose el rostro con la capucha, y ajustándose al cinto espada y puñal.

Cubrió al desnudo con hierbajos, musgos y helechos que abundaban en aquella gruta, donde se amontonaban ramas secas destinadas a la cocina.

Sentíase otro, casi valeroso. Actuaba con ingenio. Tardarían en encontrar a su víctima.

Asomó al exterior, continuando su descenso. Se sobresaltó, al oírse llamar:

—¡«Tabarra»! Vamos ya.

Bembo dio una cabezada. ¿A dónde iban a ir? Siguió tras el otro encapuchado, dispuesto a acogotarlo.

Pero el otro andaba con larga zancada, y pronto estuvo en una gruta donde el agua se estancaba, y en la que una lancha mecíase blandamente.

Entró el primer encapuchado en la lancha, quitando el cabo del poste, y empuñando un remo.

—Dale al remo, «Tabarra».

Entró Bembo jubiloso en la lancha. Sentado tras el otro, remó con vigor. Iban alejándose del peñón.

Y cuando ya el peñón no era más que una sombra enhiesta, alzó Bembo el remo, y con todas sus fuerzas propinó un golpe en la cabeza al encapuchado.

Doblóse por la cintura el atacado, vaciló, ladeándose, y por fin cayó al agua.

Bembo empezó a reír nerviosamente, gimiendo a ratos y lloriqueando en otros, en el colmo de la dicha. ¡Era libre!… ¡Y su amo le reconocería valiente y decidido!

Remó con furia, y cuando, agotado, embarrancó la lancha cerca de la ciudad, quitóse el hábito, y saltando a tierra, emprendió a paso de carrera el camino hacia el castillo de Montemar.

Allí era donde encontraría a su amo…, pero evitando el equivocarse de nuevo. Ardua tarea, pero ya nada le parecía imposible al que, tras descubrir un secreto importante, había logrado escapar del peñón, donde, además de fantasmas, máscaras y encapuchados, había un loco que dialogaba con la luna.

* * *

Luys Gallardo taconeaba incesantemente los ijares del caballo, en su afán de llegar prontamente al castillo de Montemar.

Al coronar la cima de la colina, que dominaba Ajaccio por un lado, y el valle de Farnedo por e otro, divisó las dos arrogantes siluetas del castillo de Montemar y del Duino.

Y de pronto, encabritó su caballo, deteniéndolo en seco cuando iba a emprender el descenso del valle.

Minúsculas figuras, agrupadas en varias líneas, formaban círculo alrededor de los dos castillos. Contó varios centenares en cada cerco.

¡Los invasores habían llegado! Volvió grupas, a todo galope, reemprendió el camino de vuelta. Necesitaba de todos los hombres capitaneados por Filipo Ferrante, Vincenzo Fedele, Dom Corpacho y, Truand Lascar.

Y este obstáculo, que le impedía averiguar lo que podía haber sucedido en el castillo de Montemar, no era el ingeniado por el hidalgo lunático, sino el principio del plan sabiamente elaborado por Erika Von Merck, «Sans Merci».

Un cerco infranqueable mantenía sitiados a cuantos se albergaban entre los muros almenados del castillo de Montemar, y los fortalecidos por las huestes de «Faciatosta» en el Duino.

Y en el castillo de Montemar quedaban sitiados Dago Corsi, en su nocturno cortejo de Alicia de Montemar, y Ugo Paolo Renzo, que iba reponiéndose de las atroces heridas.

Cuando le fue comunicada la noticia por aldeanos que a toda prisa acudieron, el Podestá, aparentemente defendiendo Ajaccio, ordenó que cuantas fuerzas hubiera disponibles en la ciudad se aprestaran a la lucha, guarneciendo los cuatro puntos cardinales de la misma.

La chalupa velera que Truand Lascar, al zarpar, había ordenado dejar en espera de «messer Corsi», partió ligera hacia, las islas Sangrientas, mientras, recostado en la popa, Luys Gallardo presentía que se acercaba el momento en que iba a capitanear el decisivo intento de demostrar que Ajaccio no estaba inerme.

El encarnizado combate próximo, contra el enemigo invasor y contra la venganza de Dago Corsi, acciones en que iban muchas vidas, debíase a que un trovador español deseaba ver alegría en

unos hermosos ojos y radiante sonrisa en unos bellos labios de mujer.

Y la imagen de Altiera de Montemar acompañó a Luys Gallardo mientras la chalupa acortaba la distancia hacia las Sangrientas.

Mientras, Bembo rondaba como alma en pena, y alejado de los sitiadores. Confiaba en que no tardaría en vislumbrar la apuesta y risueña figura de su amo, para poderle descubrir el secreto del peñón.

CAPÍTULO VI

UN ALTO EN EL VIAJE

Desentendiéndose de la tripulación, y formando grupo aparte de los mercenarios de Castiglione y de los reitres de Erika Von Merck, los veinte cuadrilleros gascones estaban siempre juntos alrededor de su jefe.

Pasaban el día jugando al naipe, comiendo, durmiendo los más, y el resto, oyendo las jactanciosas anécdotas que narraba Bruyant Lartiguers, interrumpido de vez en cuando por las oportunas o desplazadas exclamaciones de «Coclicó».

Un fuerte viento parecía favorecer a los expedicionarios. Llevaban dos días con sus noches navegando, y ni una sola vez había aparecido «Sans Merci».

Fue a media mañana del tercer día, y cuando se divisaban los contornos de una isla, cuando un reitre vino a interrumpir la partida en que se hallaba enfrascado Bruyant, jugando con varios de sus cuadrilleros, para anunciar que «Sans Merci» rogaba al capitán Lartiguers se sirviera visitarle.

Marchóse el reitre, y el gascón, poniéndose en pie, se ajustó el cinto, y abombando el tórax, comentó:

—Cuando me piden las cosas bien, me siento todo tierno. Además…, ¡amigos!…, voy a ser amable con él, porque tiene una hermana muy guapa.

Calado el casco, y revistiendo la ancha armadura que no permitía adivinar su cuerpo escultural, Erika Von Merck, a solas, esperaba en la camareta delantera de su litera.

Entró el gascón, haciendo un jovial guiño, mientras el loro, sobre su hombro, mordíase una garra, refunfuñando.

—Hola, jefazo. Ante la atenta convocatoria, yo, que por las

buenas voy al pesebre, aquí estoy.

—De pocas cosas he desistido en mi vida, y una de ellas, será lograr que habléis cortés y disciplinadamente.

—Eso no lo logró ni el rey de Francia, ni lo conseguirá el verdugo. ¿No os ahogáis, con el casco siempre a cuestas?

—Tened la bondad de sentaros.

—Sin bondad, sino muy a gusto.

—Espero que, pese a vuestro pajarraco, y a la futilidad de vuestras expresiones, sabréis, llegado el momento, tener capacidad para asimilar serias instrucciones.

—Claro que sí, «mandamás».

—Parecéis creer que vamos en viaje de placer.

—Ya sé que habrá castaña pilonga, pero eso no me quita la sonrisa, sino que, al contrario, me la amplifica. Buena costumbre que adquirí desde que las doncellas me decían que cuanto más abría la boca, más guapo quedaba. Y a propósito de doncellas, ¿cómo abandonasteis a vuestra hermana en Génova?

—No os he llamado para hablar de Erika.

—¡Erika! —Y besóse los dedos el gascón.

—Tened presente que me disgusta el tono con que…

—No os molestéis, jefazo. Soy un charlatán, pero sin malicia ni ánimo de ofender. Tengo la costumbre de dividir a las personas en dos grupos: los hombres en vegetales, y las mujeres, en sabrosas frutas. Y si a vos os considero un cardo, a Erika la considero una exquisita manzana injerta de melocotón. ¿Sabéis?…

—¿Buscáis que os emplace a duelo?

—¡Caramba, no! ¿Si nos matamos entre nosotros, cómo diablos vamos a trabajar?

—Os mandé llamar para que sepáis mi plan. Dentro de una hora, el galeón tocará en la isleta desértica que dista veinte millas del suelo corso. Nos reuniremos con los otros jefes, y a ellos les explicaré la acción que les corresponde.

—Dicen que sois un talento en esto de amañar cosas de guerra de verdad, jefazo.

—¿Podréis soportar una lección de estrategia?

—Si no hay más remedio, apechugo. Abre el oído, «Coclicó», que vas a aprender cosas nuevas.

Hizo «Sans Merci» con una pluma un dibujo sobre un pergamino

que extendió sobre la mesa: trazó primero un semicírculo…

—¡Detén tus ímpetus, «Coclicó»! —Guaseó el gascón—. No te arrojes a deglutir, que eso no es una habichuela.

Erika Von Merck trazó en el centro varias letras. Dijo sin alzar la cabeza:

—Si os suponéis gracioso, ahorrad ingenio, que no es con necedades como se ganan batallas.

—¿Qué sabréis vos, «mandamás»? Precisamente es con mis necedades, como conquisto las mejores batallas: esas que empiezan con una sonrisa, y terminan con un adiós ardiente.

—Os tenéis por irresistible, ¿no es así?

—Es un axioma. Me dijo un letrado que así se denomina una verdad que no necesita demostración. Claro que él lo aplicó para calificarme de granuja.

—Mirad aquí. El semicírculo es la bahía de Ajaccio. Podría darse el caso de que los corsos tuvieran naves, aunque el rumor afirma que no. Pero yo me guío por la prudencia antes de combatir.

—De acuerdo.

—Por lo tanto, los dos galeones no entrarán en la bahía. Uno desembarcará a los condotieros para que por tierra temen posiciones al norte de Ajaccio. Nosotros, dando amplia curva, tocaremos al sur de la bahía. Y también por tierra alcanzaremos las alturas que dominan la ciudad.

—Más me place andar por tierra que aquí en estos cajones.

—Si vos tuvierais que mandar fuerzas destinadas a apoderarse de Ajaccio, ¿qué dispondríais?

—Cada uno a lo suyo, Von. Yo no sirvo para batallas, pero con sólo veinte compinches armo más follón que una tropa, pero a mi modo, sin estrategias ni planes. Apabulladme con vuestra ciencia.

—Dos cosas hay que prevenir. Cubrirse la posible retirada y flanquear. Flanquearán los condotieros, me cubrirá la retirada el condotiero Castiglione, apoyándome de flanco, y yo con mis fuerzas atacaré los dos castillos clave de la retaguardia y defensa desde lo alto de Ajaccio. Me refiero a los castillos de Montemar y del Duino.

—Y los corsos, mientras, ¿tocarán la cítara?

—En pie de guerra, Ajaccio sólo tiene las fuerzas de Montemar, que se encierran en el castillo, y las huestes del condotiero «Faciatosta», que están en el Duino. Y en la ciudad las del

Podestá…, pero éste no nos estorbará. Me han dado esta seguridad.

—Vaya… Un traidor, ¿no? Bueno, ¿y yo qué pinto?

—Hostigar.

—Ése es mi fuerte.

—Vos, introducido en la ciudad con vuestros hombres, trataréis de dar con la pista de Dago Corsi.

—Las «frutas» me informarán.

—Si lográis apoderaros de él, su banda se dispersará, porque donde falta el jefe, la masa carece de valor y fuerza. Ahora bien, como sabréis dónde estoy y dónde se halla el condotiero Castiglione, mantened contacto, y comunicadme las novedades.

—Perded cuidado.

—Una advertencia. Es posible que si os apoderarais del Diablo Corso, trataríais de partir hacia Génova, y percibir el pago, sin comunicármelo. Si tal hicierais, lo tomaría como agravio personal.

—No lo haré. Soy un buen chico.

—Yo, no.

—Ya lo sabía. Pero tenéis una hermana llamada Erika… ¡amigo!…

—En tierra nos reuniremos los jefes. Tratad de ser cortés. Hay dos damas.

—¡Caramba!

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda! —graznó el loro, despertándose.

—¿Son guapas? —inquirió, interesado, el gascón.

—Ya juzgaréis vos mismo.

—Decidme la que no os gusta, para que le ponga cerco a la otra. Hay dos y podemos repartir.

—Sois desagradablemente vulgar. Poned cerco a la que os plazca, aunque os recuerdo que nuestro viaje no tiene la finalidad de divertiros.

—Yo me divierto siempre. Hasta luego, jefazo.

* * *

En una playa de la isleta desértica, punto señalado por «Sans Merci» para reunirse por última vez antes de emprender la invasión, erigíase ya la tienda de campaña ocupada por Tulio Pandolfo, su esposa e hija, y Braceo Montano.

Una chalupa trajo a Erika Von Merck, Castiglione y Bruyant. Apenas desembarcaron oyeron una voz femenina que cantaba acompañada por sonidos de arpa.

Adelantóse Braceo Montano para saludar reverentemente a «Sans Merci» y en el silencio que por respuesta a sus bienvenidas obtuvo, juzgó preciso aclarar que «Monna Berta, la hija de Pandolfo, endulzaba los ocios del reposo con su voz de ruiseñor».

—Pues parece el lamento de una vaca moribunda —comentó Bruyant, riendo él mismo su grosera chanza.

No le impresionó la mirada colérica que le lanzó «el Montañés». Tulio Pandolfo acudió, excusándose con almibaradas frases de su tardanza. En la tienda de campaña, suntuosamente adornada, la esposa y la bija del condotiero ofrecieron refrescos, denegando «Sans Merci».

La tudesca pasó a explicar el cometido de los dos condotieros, siendo escuchada atentamente por los tres italianos, mientras Bruyant hacia compañía a madre e hija.

—¿Erais vos, Monna Berta la que trinaba tan deliciosamente cuando nos acercábamos?

Hizo ella un mohín de asentimiento. Se veía que el apuesto bribón producía en ella agradable impresión.

El mutismo y la dulzura del semblante de la esposa de Pandolfo, nada revelaban. Y acostumbrado a ser por doquier bien visto de las damas, Bruyant sonrió pensando en que él también iba a exponer una segunda lección de estrategia, aunque diferente a la de «Sans Merci».

Solicitó:

—¿Seríais tan amable, Monna Berta, de atender a lo que allá se habla, para después con la inteligencia que vuestro bello rostro refleja, hacérmelo comprender?

Y a solas con la esposa de Tulio Pandolfo, dijo:

—Señora, sois un sol de belleza y apenas os vi mi corazón palpitó con brincos alocados.

—Vuestro lenguaje, caballero, no me resulta comprensible. Habláis un italiano especial.

El gascón cogió la mano femenina, llevándosela al corazón. Ella, sonrojada, exclamó:

—¡Mirad lo que hacéis!

—Ya lo veo. Os declaro mi fogosa pasión, porque dijisteis no entender mis palabras.

—Reportaos…

—Tenemos poco tiempo.

—¡Llamaré a Tulio!

—Dejadlo. ¿No os entristece tener por esposo a un carcamal que tiene cara de mudo en un entierro?

—¡Tulio! —exclamó ella, liberando su mano.

Erika Von Merck había acabado de exponer su plan, ultimando los detalles.

El condotiero Pandolfo aproximóse. Comprendió sin necesidad de palabras.

—Creo, señor, que habéis ofendido a mi esposa.

—Ella a mí. Resulta ofensivo que os prefiera a vos, siendo como soy un mozo guapo.

—¡Lo que sois es un innoble individuo, indigno de codearos con personas decentes!

—¡Gascón, gascón, ahueca que hay quema! —graznó el loro, revoloteando para ir a posarse sobre la mesa.

—Aparte vuestra esposa por virtud, y vuestra hija por obligación, aquí no hay nadie más decente.

—¡Si fuerais mi igual…!

—¿Qué pasaría, tío feo? ¿Que los dos daríamos asco?

Encolerizado por la vulgar provocación, alzó el puño Pandolfo. Saltó Bruyant de costado y sus rodillas chocaron contra el estómago del condotiero, mientras sus dos manos enlazadas, golpeaban la nuca del hombre inclinado ante la reciedumbre del golpe traidor.

Chillaron las mujeres. Avanzó Erika Von Merck, espada desenvainada, cuya punta aplicó en la espalda del gascón.

—Os ordeno que salgáis inmediatamente, Bruyant Lartiguers. Id a bordo, y sabed que no os mando ahorcar, porque un cadáver no tiene utilidad. ¿Es que no sabéis comportaros correctamente?

La voz que el enrejado del casco y unas laminillas de acero hacían vibrante y metálica, así como la punzada de la espada, hicieron que encogiéndose de hombros, el gascón dijera:

—Me voy, jefe. Pero no sin antes hacer constar mi protesta, por haber sido menospreciado por una dama, y atacado por quien nada tenía que ver.

—¿Ignorabais que el condotiero Pandolfo era esposo de la dama a quien cortejabais?

—Creí que era la otra —mintió el gascón—. Por el aquello de que cada oveja con su pareja. Yo soy de pueblo. Apartad el pincho, jefe. A vos os obedezco por las buenas.

Recogido por los otros dos condotieros, farfulló Pandolfo:

—¡Debía suceder… por acoger y dar trato de igual a un bandido salteador!

—¿Y qué eres tú, encanto? ¿Y qué somos todos nosotros?

—¡Salid! —conminó «Sans Merci».

—Vámonos, «Coclicó» —invitó el gascón, emitiendo un chasquido con la lengua que hizo acudir al loro, que se posó sobre su hombro—. Esta gente no entiende de bromas finas.

Poco después, a bordo, Bruyant explicaba ufano su último lance:

—… si es lo que afirmo. A mí me gusta más el follón que comer con los dedos, pero la gente no entiende de algazaras. En fin, compinches, espero que Dago Corsi nos proporcionará diversión. Y no me conviene estar a malas con el teutón, porque tiene una hermana… ¡amigos!

Cuando la nave zarpaba, dejando a la otra anclada, Erika Von Merck hizo llamar al gascón.

—Es la primera vez, señor, que paso por alto un desacato a la disciplina. No os toleraré otra escena de rebeldía.

—Pero… ¿dónde hubo todo eso? Yo soy un tipo sincero, y como me gustaba la dama…

—Vuestra afición al bello sexo os perderá. Os exijo que mientras estemos en campaña, tengáis prudencia.

—Exigencia especial. Yo no soy de bronce como vos, jefe. Soy de carne sensible, y tengo un corazonazo que desborda. ¿No os conté que una vez allá en tierra de Normandía, armé un follón delicioso que…?

—Os excuso de explicarme vuestras groseras andanzas.

—¿Es que somos refinados y blandengues enfermos? No seáis reservón, que buenas conquistas haréis cuando os quitéis el casco. A lo mejor os parecéis a vuestra hermana.

—Tenéis tendencia a ser propenso a familiaridades y confianzas, con todo el mundo. Sabed que no las deseo. Podéis iros.

—No os pongáis severo, Von. Yo era porquero de niño, después

fui mulero y por fin, me dediqué a limpiar bolsas. No he ido a escuelas. Que me sea pues, perdonada mi falta de fineza.

—No se os puede perdonar lo que es voluntario. Si callarais, os evitaríais…

—Si callo, me ahogo. Pedirle a un gascón que calle, es pedirle a un caballo que deshoje margaritas.

Abur, Jefe. Aunque no lo queráis, vos y yo haremos buenas migas…

La nave, según las instrucciones, describía un amplio desvío para soslayar la bahía de Ajaccio, y al amanecer siguiente, anclaba en Punta Crociatta, al Sur del litoral de la capital corsa.

CAPÍTULO VII

SITIADORES

Erika Von Merck había adquirido larga práctica bélica en sus campañas en tierra francesa. Su historia y las razones que la instaron a adoptar exteriormente la apariencia masculina, eran, aun en su cariz siniestro, de móvil romántico.

Hija del célebre condotiero teutón Erich Von Merck, que hizo famoso su peto de plata con la inscripción «Sans Merci» porque nunca hacía prisioneros, Erika acompañó a su padre desde el día en que de regreso de una de sus campañas, hallóse éste ante la tumba de su esposa recientemente fallecida.

Erich Von Merck consintió en que su hija le acompañase, pero exigió que vistiera ropas masculinas y fingiera ser su escudero.

Por espacio de tres años. Erika, que idolatraba a su padre, fue asimilando cuantas enseñanzas iba adquiriendo prácticamente.

Día llegó en que Erich Von Merck, complacido, consultaba a su hija antes de trazar sus planes de ataque.

Y también llegó un día en que la punta de una saeta penetró por entre el enrejado del casco de «Sans Merci», hincándosele en la frente. La física fortaleza del teutón le sostuvo hasta el fin del victorioso combate y tan sólo cuando acampando, se encontró en la tienda de campaña, a solas con su escudero, quitóse el casco y como una masa inerte se desplomó en el camastro.

Erika Von Merck lloró abundantes lágrimas. Después, en el mismo centro de la tienda de campaña, cavó hondo hoyo. Enterró a su padre, y revistiendo su armadura de bronce, su peto de plata y el casco enrejado, decidió que «Sans Merci» no había muerto.

Cuando un reitre respetuosamente preguntó por el escudero, Erika contestó que lo había enviado a su tierra natal.

Pasaron dos años más, y Erika Von Merck se acostumbró a ser acatada y temida.

Al ver por vez primera a Bruyant Lartiguers, y oír su desenfadada conversación, experimentó una extraña sensación. Aquel hombre era el prototipo de cuanto ella aborrecía: indisciplina, buen humor y apasionada sensualidad.

Y como si de un combate más se tratara, en Génova planeó el citarlo y ante las ardorosas palabras de amor del bandolero gascón, sucumbió la que nunca habíase oído hablar tan apasionadamente.

Después… cuando como «Sans Merci» encontrábase ante Bruyant, tenía que acudir a toda su voluntad y dominio, para no revelar al gascón la verdadera personalidad que encubríase bajo el casco enrejado.

* * *

La nave que conducía mesnadas de Castiglione y Erika, y la cuadrilla de Bruyant, ancló en Punta Crociatta al romper el alba.

La tudesca había elegido bien el punto de desembarco. Frondoso bosque, donde arrancaba la cordillera cubierta de exuberante vegetación que, bordeando el litoral meridional de Ajaccio, llevaba hasta el valle de Farnedo.

Los mercenarios de Castiglione habían recibido instrucciones concretas y fueron adelantándose hasta acampar a unas cinco leguas de Ajaccio.

Los retires siguieron camino hacia el bosque de Farnedo, mientras a retaguardia, Erika Von Merck avanzaba en compañía de Bruyant, tras el cual, a cierta distancia, caminaban como viajeros en ruta de placer, los veinte cuadrilleros.

Bruyant, llevando un morral de cazador en bandolera, iba extrayendo tomates que cogió de un huerto al pasar y partiéndolos con su puñal, los rociaba de sal antes de comerlos.

De vez en cuando entregaba un pedazo a «Coclicó», ofreciéndoselo entre los dientes.

Fue «Sans Merci» quien rompió el silencio:

—Las fuerzas bajo mi mando tienen orden de no dedicarse a la rapiña, señor.

Masticando con apetito, el gascón se encogió de hombros, en elocuente respuesta, que significaba: «¿Y a mí, qué?».

—Os lo comunico, porque acabáis de hurtar vegetales de campo que no os pertenece.

—¡Anda! ¿Si no me cuido yo, quién me cuidará? No seáis tan tacaño ni mojigato, Von. Una docena de tomates no es rapiña. Además, habéis dicho las fuerzas bajo vuestro mando, y yo soy un hombre libre al igual que mis compinches.

—Os comprometisteis a obedecerme.

—Y lo hago, ¡caramba!

—¡Caramba, qué opípara Cuchipanda! —graznó el loro, rascándose el corvo pico con una pata.

El casco enrejado describió lento semicírculo.

—Detestable animal.

—Posiblemente él opina lo mismo de vos, jefazo. ¿Verdad, «Coclicó»?

—¡Al que rechiste le parto los dientes! —replicó el loro.

—Más que un hombre, semejáis un juglar titiritero.

—Si fuerais mujer, os contestaría adecuadamente.

—¿Cómo?

—Demostrándoos que soy muy hombre, con loro al hombro, o sin loro.

—¿Por qué lleváis siempre por todas partes este animal?

—Porque cuanto más conozco a los humanos, tanto más aprecio a los animales. Y por eso tanto me quiero… y os aprecio, jefazo.

—Nunca seréis otra cosa que un bandido insolente.

—Bueno, vamos a ver si nos entendemos. ¿Hemos venido a cazar corsos o a estudiar eso llamado moral? Y no os equivoquéis, Von, porque me veáis suave y amable. No acepto reproches de quien, como vos, es un asesino a mansalva.

—¡Nunca lo fui! ¡Soy guerrero y triunfo porque sé combatir!

—Ah… Ah… Parece que os picó mi comentario. Bueno, pues además de rascaros, tened esperanzas. Vuestra protesta demuestra que aún tenéis algo parecido a alma.

—¿Y quién sois vos para hablar de alma?

—Un hombre que nunca mató si no fue en defensa propia y que ninguna canallada cometió.

—¿Robar es virtud?

—Hay que vivir, y en vez de instalarme en un mercado y robar desde detrás de un mostrador, preferí lanzarme a la vida sana de la

naturaleza. Mi abuelo, que era un santo varón, decía que nosotros los ladrones honrados éramos una institución nobilísima y altruista, porque si no existiéramos, ¿de qué iban a vivir los guardianes de la ley? Mirad qué hermoso peñasco solitario allá a la izquierda. Parece surgir del fondo del mar.

—Sois propenso a futilidades. Prestad atención a lo que importa. Al anochecer, mis fuerzas rodearán desde oportuna distancia las fortalezas de Montemar y el Duino. Cuando quede establecido el sitio, vos y vuestra cuadrilla iréis a la ciudad.

—Ya que queréis instruirme, ¿por qué no me aclaráis un punto?

—Preguntad.

—Decís que pondréis sitio a dos fortalezas. ¿Con qué contáis?

—Triplico en efectivo a los que componen la guarnición de ambos castillos.

—Y por la espalda se os echarán encima los elementos armados de Ajaccio.

—No.

—¿Cómo afirmáis tan rotundamente esto?

—Porque el Podestá desea rendirse y lo hará cuando caigan las dos fortalezas y quede prisionero o muerto el bandolero Dago Corsi.

—Vaya. Os las sabéis todas. Pero, para tomar por asalto una fortaleza hacen falta artefactos.

—Los tengo.

—¿Dónde? Porque ni los vi ni los veo, y eso que abultan.

—Un corso que dispone de mucho oro y ambición, ha ido ocultando en caseríos cuyos emplazamientos me fueron dados a conocer por Barnabó Lieto, catapultas, torres de asalto y vigas.

—¿Y quién es este segundo traidor?

—Bruno Sarto, apodado «el Espléndido».

—Me asquean las sabandijas que venden sus propios paisanos.

—También a mi, pero en la puerta todo es lícito.

—En fin, no dudo que ganaréis.

Al mediodía, acamparon entre la fronda, para restaurar fuerzas y dar tiempo a que la llegada se verificase al anochecer.

Cuando las primeras sombras del crepúsculo se cernían en el horizonte, recortábanse a la vista de los invasores, las siluetas del castillo de Montemar y Duino, como centinelas perennes del valle de Farnedo.

Los reitres fueron partiendo en grupos, por dos senderos. La noche envolvía ya la comarca. La luna tamizaba de plateado fulgor los espacios llanos.

Bruyant exclamó, de pronto:

—¡Eh, jefe! ¿No veis?

—Un jinete que a todo galope atraviesa la explanada para entrar en el castillo de Montemar.

—¿Vuestro emisario?

—No arriesgo inútilmente vidas aprovechables. Será un habitante del castillo.

—¿Cómo no lo pescaron vuestros perros?

—Tienen orden de cerrar el círculo a la medianoche. Y sólo entonces nadie entrará ni saldrá. Y allá voy ahora.

—¿Os puedo acompañar? Quiero ver cómo maniobráis.

Siguió el gascón a «Sans Merci». En un altozano equidistante de los dos castillos alrededor de los cuales, silenciosa y expertamente, los reitres iban cerrando el círculo sitiador, una tienda de campaña, protegida por los árboles, acababa de ser montada.

En su interior, Erika Von Merck, escribió en perfecto italiano, sobre un recio pergamino:

> «Los reitres del condotiero Erich Von Merck han establecido el sitio infranqueable. Dispongo de triple fuerza. Tenéis un plazo de veinticuatro horas para rendiros. Mañana a la medianoche termina mi generoso ofrecimiento. Si entonces no he recibido pruebas de rendición absoluta, atacaré y serán exterminados hasta el último ser, cuantos se hallen entre los muros.
>
> »Sans Merci».

Por encima del hombro de la armadura de bronce, iba leyendo Bruyant. Con dificultad, porque no era un letrado precisamente.

Erika Von Merck escribió en otro pergamino, una copia exacta del primer escrito.

—¿Y quién llevará ese papelito tan simpático? Lo van a freír en aceite, jefazo.

Guturalmente, lanzó ella una exclamación. Dos arqueros se presentaron, cuadrándose marcialmente. Tendió ella a cada uno un pergamino escrito.

Abandonaron los arqueros la tienda.

—Son los dos mejores tiradores.

Por curiosidad, Bruyant siguió a los dos arqueros. Los vio deslizarse por entre la vegetación, desaparecer, y, por fin, arrastrarse por la llanura, cada uno frente a uno de los dos castillos.

Se pusieron en pie, tensaron las cuerdas del arco y dispararon contra las almenas.

Erika Von Merck, en pie tras Bruyant, aclaró:

—La flecha lleva atravesada mi orden. Saben ya los sitiados que mis fuerzas son dueñas de esta tierra. Podéis iros, señor. Os incumbe a vos el capturar a Dago Corsi. Tenéis facilidades, dado vuestro modo de vivir. Hostigad, saquead, robad… cometed cuantos latrocinios queráis, con tal de obtener lo que importa: vivo o muerto…

—… A Dago Corsi. Ya lo sé. Y también se me antoja que me habéis dejado lo más difícil, porque no creo que el tal, sea vendido por traidores. Ya os enviaré un bucle de Dago cuando lo cace.

—Mantened contacto conmigo.

—Preferiría mantenerlo con vuestra hermana…

Y alejándose riendo, el gascón exclamó:

—¡A mí, compinches! Vamos de farra…

El loro se agitó, y bamboleándose sobre el hombro de su dueño, graznó:

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

Perdiéronse ladera abajo los cuadrilleros, que ya no se preguntaban como los que ignoraban el secreto, por qué un loro atinaba a veces en hallar frases adecuadas.

Bruyant Lartiguers había enseñado distintas frases a «Coclicó». Frases que, mecánicamente, repetía el pajarraco, al oír una palabra evocadora pronunciada por su amo. «Farra» era una de ellas.

Y cuando ya se hallaban cerca de la ciudad que aparecía dormida y silenciosa, Bruyant comprobó de nuevo si su loro estaba en forma, como decía él.

—¿Qué es la vida, «Coclicó»? ¡Una farra! Redondos los coléricos ojos, el loro graznó roncamente:

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra!

* * *

En el otro extremo de la inmensa bahía de Ajaccio y al otro lado del cabo cerca del cual se hallaban las islas Sangrientas, la nave que conducía las mesnadas de Pandolfo y Montano, ancló.

Largos habían sido los conciliábulos que a raíz de la partida de «Sans Merci» sostuvieron entre sí los dos condotieros.

Podían resumirse los acuerdos a que fácilmente habían llegado, en los siguientes puntos:

No convenía separar el grueso de las fuerzas del punto de apoyo y retirada que era la nave.

Enviarían unos cuantos hombres en plan de avanzadilla y exploración, que estudiando los alrededores del monte Grosso, regresarían cuando tuvieran noticias de que los retires de Von Merck habían tomado las dos fortalezas de la retaguardia.

Y puso mucha insistencia Tulio Pandolfo en enviar mensajeros suyos que averiguasen e inmediatamente le comunicasen la captura de Dago Corsi o la muerte de Bruyant Lartiguers.

Dos noticias agradables. Y ya de común acuerdo, los dos condotieros aprobaron su mutua opinión de que poseían demasiada categoría para perecer tontamente en emboscadas. Decidieron entrar en acción cuando las fuerzas de Von Merck tomaran la ciudad.

Mientras, permanecerían acampados en aquel lugar teniendo al alcance de una carrera el seguro refugio de la nave.

CAPÍTULO VIII

LOS SITIADOS

Ugo Paolo Renzo iba reponiéndose de sus heridas que pusieron en peligro su vida, y que a no ser por la providencial desviación que en el puñal del asesino produjo la cadena que al cuello llevaba, le hubieran ocasionado una muerte cierta.

Contribuyó a la mejoría, además de su robusta constitución, la continua presencia de Altiera de Montemar, su prometida.

Cierta noche, cuando Alicia de Montemar y Dago Corsi discretamente acompañados por un aya, formaban una pareja que evidenciaba un completo enamoramiento, Ugo Paolo Renzo desde su camastro, colocado ahora en alto torreón, miró con afectuosa sonrisa, invisible bajo la tela que cubría casi por entero su quemado rostro, a la que iba a ser su esposa.

—Poco perspicaz soy, Altiera, en cosas que atañen al corazón y a la mujer. Pero, en cambio, sé que sois noble por imperativo no ya de sangre, sino de espíritu.

—Grave exordio, mi señor —replicó, alegremente, Altiera—. Y como yo sé que siempre el elogio precede al reproche, decidme ya cuáles son mis defectos, Ugo.

—Carecéis de ellos. Me habéis hecho el honor de concederme vuestra mano con afecto y lealtad, y al igual os dije que no mereciendo yo amor, sabía que un tesoro me llevaba al teneros por esposa obediente. Y como siempre, mi norma fue hablar con claridad, no quiero os atormentéis ni que existan reservas entre vos y yo.

—Por eso tanto os aprecio, Ugo.

—Recordad cuando vine a visitaros por vez primera. Os pedía, por patriotismo, un gran sacrificio. Os pedía aceptarais ser amable

con Dago Corsi. Lo fuisteis, sin tener que recurrir a… sacrificio. Estamos conversando como buenos amigos y, por lo tanto, os aseguro que nada me es molesto.

—Tampoco a mí, Ugo, porque sé que os inspira el afecto.

—Fue para todos los que os queremos motivo de sorpresa el ver que si bien al principio fuisteis dura con el Diablo Corso, éste supo lograr, en forma que nos pareció milagrosa, que le tratarais con amabilidad sonriente. Sentisteis inclinación hacia él. No os lo reprocho. Es apuesto y su legendaria fama de valiente, os pudo agradar. Pero no obstante, siempre fue para mí un misterio… ya que no sois una dama frívola… la razón por la cual trocasteis vuestro desprecio contra el bandolero, en sincera amistad. Porque no sabéis fingir y…

—Yo creo, Ugo, que si me permitierais aludir al comportamiento de Dago en el Lago de Venus, que os hizo considerarle mejor, veríais el motivo de mi cambio de conducta. Esperábamos vernos ante una fiera, y la fiera resultó alegremente caballerosa.

—Otro misterio que atribuyo a la seducción que de vos emana. Pero hay un tercer misterio. Ahora Dago Corsi parece realmente enamorado de Alicia. ¿No teméis que hombre tan voluble…?

—Puede ser que desistiera de cortejarme al saberme comprometida con vos. Pero si me lo permitís, quisiera revelaros el gran misterio.

Levantóse Altiera para, poco después, aparecer ante su hermana y el bandolero.

Dago Corsi, cada vez más prendado de la inocencia juvenil de Alicia de Montemar, encontraba grata la simpatía que inspiraba, por creérsele Luys Gallardo, el trovador.

Se puso en pie, con cortesía, cuando recordó que para las dos hermanas era el galante aventurero.

—Quisiera saber, trovador —dijo Altiera, en el tono chancero que empleaba cuando con él hablaba—, si consideras de tu agrado a «Faciatosta», el valiente y fiel corso, sin tacha ni reproche.

—Me es agradable, porque además de cuanto dices, es tu prometido, Altiera.



Luys Gallardo taconeaba incesantemente los ijares del caballo.

—Entonces… ¿puedes relevarme del juramento que te hice y permitir que Ugo Paolo Renzo deje de mirarte con recelo, al saber quién eres en realidad?

El encogimiento de hombros del bandido, expresaba conformidad. Juntos los tres, penetraron en la estancia donde apoyado contra almohadones, «Faciatosta», sentado en el lecho,

agitó la mano en saludo amistoso.

Pero su única pupila seguía mirando con recelo a Dago Corsi.

El Diablo Corso, tal vez bajo el influjo de su amor, y también porque aunque escasas veces, sabía ser risueño, bromeó:

—Merece la pena ser herido, «Faciatosta», mando se obtiene por recompensa los cuidados de la más bella castellana.

—Muy cierto. Mi único pesar es ignorar quién me atacó con tanta alevosía.

—Yo puedo decírtelo.

Asombradas, las dos hermanas miraron al bandido.

Dago Corsi añadió, con indiferencia real:

—No te lo dije antes, porque de nada servía. Te hirió Gubio Orsini…

—¡Gubio! —exclamó «Faciatosta»—. Pero… ¡si era fiel a Sandra, mi hermana!

—Los agentes de Génova la tenían presa a ella, como rehén. Gubio te hirió, y después cavó muerto a manos de los mismos agentes de El Pulpo, ante mis ojos[4].

—¿Por qué… me quiso matar?

—Le ofrecían dinero.

—¿Sandra?

—Tuve el honor de escoltarla hasta el convento, donde ha decidido terminar sus días.

Hubo un instante de silencio y, al fin, «Faciatosta», dijo:

—Mi hermana hallará consuelo en la paz monástica.

Altiera de Montemar avanzó colocándose a la cabecera del lecho. Hizo un ademán de invitación hacia el Diablo Corso:

—Habla, trovador.

—¿Acerca de…?

—Si tu modestia te lo impide, lo haré yo por ti. Os ruego, Ugo, que no me interrumpáis, por raro que os parezca cuanto diré. Teníais razón al decir que yo odiaba y despreciaba a Dago Corsi. ¿Por qué os extrañó que después de mi segunda entrevista con él, apareciera sonriente? Porque este hombre que ante vos veis, no es Dago Corsi, sino Luys Gallardo, un galante aventurero español.

Dago Corsi rió. Le divertía la situación, ahora que sabía que con fines ignorados, el hidalgo lunático mantendría el equívoco iniciado por el trovador.

Explicó Altiera cuanto le contó Luys Gallardo[5]. Cuando terminó su relato, «Faciatosta» tardó en contestar. Lo hizo opaca la voz, no ya por la tela, sino por el asombro.

—¡Maravillosa y arriesgada substitución, señor español! —exclamó, admirado—. Ahora comprendo vuestra caballerosidad… imposible en el verdadero Diablo Corso. Es extraño, pero en parte lamento la muerte de Dago. Era un truhán, un cruel lobo…, pero fue no hace muchos años, un patriota, un duro pero leal corso. Luego… se extravió… Y no le culpo a él, sino al ambiente. Tenía madera de gran jefe.

Dago Corsi, impulsivamente, adelantóse, y su diestra se posó en el hombro del condotiero. Iba a agradecer las palabras oídas, pero se contuvo a tiempo:

—Todo aclarado, «Faciatosta». ¿Amigos ya?

—Hasta la muerte. —Y las dos diestras estrecháronse vigorosamente.

—Se acerca ya la medianoche, trovador —dijo Altiera—. He accedido a tus visitas nocturnas, pero no las prolongues tanto. Tiempo tendrás cuando sea tu esposa Alicia…

—Y Córcega se vea libre de enemigos —añadió «Faciatosta».

Abandonaron la sala Alicia y Dago. «Faciatosta» guardó silencio, hasta que por fin la misma Altiera pareció adivinarle el pensamiento:

—Comprendéis ahora que lo que pasión parecía en el trovador hacia mí, no era más que galantería… O tal vez adorase el santo por la peana. Y primero deseara congraciarse conmigo.

—Algo hay extraño, Altiera. El trovador, según asegurasteis antes en vuestro relato, bien dijo que no le importaba como es natural lo que en Córcega sucedía, y que cuanto hacía, lo hacía por vuestra sonrisa. ¿Cómo no aludió a la sonrisa de Alicia?

—Vos erais mi prometido, lo sois y el español caballeroso…

—No entiendo este cambio, Altiera, aunque me agrada.

Irrumpió corriendo en la estancia Giovan Fierro, el capitán de armas. Le seguían Dago y Alicia.

Llevaba en la mano crispada una flecha ensangrentada, que atravesado tenía en el remate un pergamino doblado.

—¡Sitiados! —exclamó—. ¡Las fuerzas de «Sans Merci»! ¡Los invasores!

—¡Calma! —ordenó «Faciatosta»—. Serénate, Giovan, viejo amigo. ¿Qué sucede?

—Un centinela… atravesado… Recogí el cuerpo… y encontré esta flecha… con este mensaje…

Altiera cogió de manos del capitán la carta de «Sans Merci». Leyó, en voz alta:

> «Los retires del condotiero Erich Von Merck han establecido el sitio infranqueable. Dispongo de triple fuerza. Tenéis un plazo de veinticuatro horas para rendiros. Mañana a la medianoche termina mi generoso ofrecimiento. Si entonces no he recibido pruebas de rendición absoluta, atacaré, y serán exterminados hasta el último ser, cuantos se hallen entre los muros.

»Sans Merci».

Reinó un profundo silencio. Por fin, Altiera de Montemar enlazó por los hombros a su hermana, y dijo, sencillamente:

—Nada tememos, caballeros. Os dejamos a solas. Sois vos, «Faciatosta», quien resuelve y manda. Buenas noches.

Alicia de Montemar, acongojada, antes de abandonar la estancia, miró con apasionado rendimiento a Dago Corsi.

«Faciatosta» poco después, habló con melancolía:

—Postrado en el lecho… y mis hombres alejados en el Duino.

—Aquí estoy yo —sonrió, duramente, Dago Corsi—. ¿Quién es «Sans Merci»?

—Un célebre condotiero teutón. Quizá uno de los pocos hombres que en Europa saben planear una campaña sin olvidar el menor detalle. Es implacable. Y no fanfarronea. Supieron los genoveses elegir mercenario para iniciar la campaña de invasión.

—Aunque tenga triple número de soldados, fuertes, son los muros de Montemar —dijo Giovan Fierro, decidido—. ¿Ordenas una salida de tanteo, «Faciatosta»? Comprobaría así si es o no infranqueable el cerco.

—Lo es. «Sans Merci» no es un capitancillo de poca monta, que piensa vencer con bravatas.

Dago Corsi, que llevaba unos instantes silencioso, sin escuchar, preguntó, súbitamente:

—¿Cuánta gente hay entre estos muros?

—Entre soldados y menestrales, medio millar, messer —contestó Fierro.

—Medio millar de vidas bien vale el sacrificio de una veintena de jinetes, ¿no es cierto, «Faciatosta»?

—¿Qué quieres insinuar, messer?

—Parlamentarios falsos. Bandera blanca de rendición. Bajado el puente levadizo.

—¡Nunca! —vociferó Giovan Fierro—. No hemos de esperar piedad…

—Escucha y calla, soldado —dijo, ásperamente, Dago Corsi—. ¿Me vas tú a enseñar a ser un corso leal a la tierra?

—Aclara, messer.

—Es preciso que reúna a mis «piojos» y que traiga a las fuerzas del Podestá. Necesito atravesar el cerco. A solas no podría. Ahora bien, dadme una veintena de soldados. Uno de ellos seré yo. Otro llevará la bandera de rendición. Subiréis el puente levadizo, cuando yo, aprovechando el fragor del breve combate que se entablará, atraviese las lineas enemigas. Descuidad que lo lograré, porque nunca en mi vida puse tanto empeño en una cosa. No es ya mi tierra, sino mi dama la que en peligro está.

—¿Vuestra tierra, messer? —inquirió, extrañado, el condotiero. Pero recordando a tiempo que Giovan Fierro ignoraba «el secreto», añadió—: Es justo. Montemar es vuestra tierra. Pero expondréis vuestra vida.

—Poco. Desmontaré como herido y allá en la línea de cerco, hay árboles y obscuridad. Mis piernas son veloces… Busca veinte soldados, y no les digas lo que tienen que hacer, Giovan. Diles que se pongan incondicionalmente a mis órdenes. Si supieran que van al suicidio, aunque sea por salvar a medio millar, no aceptarían.

Asintió el capitán, saliendo. «Faciatosta» tendió la mano:

—Buena suerte, messer.

—Volveré con cuantos hombres pueda, y van a saber los teutones lo que es hostigar.

—Maestro sois en ello… o al menos vuestros hombres.

—Hasta pronto, «Faciatosta». Mejora —añadió, bruscamente—.

Córcega necesita como jefe a un hombre de tu valía.

En el patio de armas, veinte soldados iban colocándose sobre las sillas de pertrechados caballos. Uno de ellos portaba largo pendón con trapo blanco.

Dago Corsi montó en su caballo. Su arenga fue breve.

—Yo mando. ¡Ay del que no me obedezca!

Pero los soldados, sabedores de la personalidad del Diablo Corso, no tenían la menor intención de desobedecer.

Bajóse el puente levadizo. Y la pequeña comitiva atravesó al trote la explanada, yendo al frente el jinete que enarbolaba la bandera de rendición.

Llegaban ya al linde con el bosque, cuando Dago Corsi gritó:

—¡Atacad, que acuden los refuerzos! ¡Viva Córcega!

Su orden repentina fue acompañada por sendos pinchazos con su espada en las grupas de los caballos que delante tenía.

Los veinte soldados arreciaron en su galope hacia el lindero. Breve fue la escaramuza, aunque la sorpresa paralizó por unos instantes los lentos cerebros de los reitres.

Uno a uno cayeron muertos los atacantes. Mientras, el Diablo Corso, desmontando a medias, dejó galopar a su asustado caballo, colgándose de los estribos, y sosteniéndose con una mano en el arzón de la silla.

Silbaron varias saetas. Una de ellas hizo relinchar al caballo, que dio un traspiés, cayendo de rodillas.

Dago Corsi, con elasticidad felina, partió a todo correr, zigzagueando por entre la maleza.

Distancióse pronto de sus perseguidores. Y sus saltos semejaban prodigiosos vuelos, al ir de peñasco en peñasco y de rama en rama…

Cuando corriendo velozmente y ya lejos de peligro, divisó una alquería, dirigióse hacia los establos.

Ladraron los perros, salieron varios campesinos armados de horquillas y hoces… Pero lejos estaba ya el caballo de labor en el que Dago Corsi, a fuerza de taconazos, emprendía nuevo galope hacia «el peñón del chiflado».

CAPÍTULO IX

EL MESÓN DEL GALLO

Viviane d’Aurigny [6], cuando empavorecida huyó de la casa donde todos sus compañeros habían hallado la muerte, no tenía más que una obsesión.

Abandonar Córcega. No llegaba barco hasta días después, y se alojó en el Mesón del Gallo, cercano al puerto.

Poco a poco, recuperó su presencia de ánimo, mas no por eso cambiaron sus fúnebres pensamientos. Debía huir de Dago Corsi… pero también de El Pulpo.

El Pulpo pagaba con generosidad los éxitos, pero también castigaba los fracasos con la muerte.

En el mesón evitaba toda compañía, aunque coqueta por temperamento, no podía menos de acoger con agrado instintivo las ojeadas admirativas que le dedicaban los asiduos a la sala pública, cuando ella descendía a inquirir de marinos la posible llegada de una nave que la pudiera trasladar a Roma.

En la mañana del segundo día de su estancia en el mesón, notó que su descenso, si bien provocaba miradas de admiración masculina, eran menos prolongadas. Y halló el motivo.

Había otra mujer que era admirada con ardor… y a la vez, suscitaba extraño respeto. Extraño, porque los bravis, marinos y esbirros que frecuentaban la hostería, nada tenían de respetuosos.

La mujer que ahora acaparaba la atención, sentábase cerca del umbral, a solas. Era hermosísima, admitió generosamente la francesa.

Unos ojos verdes refulgentes, cobrizos cabellos, estatuaria figura,

negligente modo de vestir, casi rústico, y no había afectación en su indiferente postura, que demostraba una seguridad extraña.

Intrigada, Viviane d'Aurigny, que desde su llegada a Córcega hacíase llamar Viveta Dalmela, sondeó a una de las criadas.

—¿Quién es esa dama? Parece una reina arruinada.

—Es Bárbara —replicó en voz baja la criada, como si la mención de aquel nombre lo aclarara todo.

—Ah… ¿Y quién es Bárbara?

—Bárbara Foscari. ¿No sois de Ajaccio? ¿No sois corsa?

—No. Soy romana —mintió la francesa, escudada en su excelente dominio de la lengua italiana.

—Bien se ve, señora. Bárbara es la novia de Dago Corsi.

—Comprendo… Por eso nadie se atreve a aproximarse.

Pero como si quisieran darle un mentís, en aquel mismo instante un individuo, ataviado como los trovadores provenzales, ladeado el capuz, y de guapo semblante descarado, portando al hombro un loro de magnifico plumaje, se detuvo apenas traspasado el umbral, para mirar admirativamente a Bárbara Foscari.

Y Bruyant Lartiguers, que había empleado la noche en dormir, enviando a sus hombres en busca de noticias de Dago Corsi, tras recorrer varios mesones, donde la afluencia de aventureros podía darle a oír noticias que le sirvieran, guiñó saludando a la calabresa:

—Si necesitáis defensor, solitaria melancólica, acudid a mi, con la seguridad de que no perderéis el tiempo. Me llamo Bruyant, y mi loro «Coclicó».

Bárbara Foscari hizo un gesto desdeñoso, aunque sus pupilas verdes contemplaron un instante al apuesto gascón.

—El día empieza, hermosa dama. Es pronto aun para decidiros. Pero sabed que aquí estoy yo para…

—Vete, desgraciado… —musitó, desdeñosamente, ella—. No sabes ni hablar en buen italiano.

—Tú me darás lecciones, ¿vale?

—¿Es que no sabes quién soy, loco trovador?

—Eres una exquisita fruta del Paraíso que…

—Sigue tu camino y déjame a solas con mis pensamientos.

—Bueno… Ya volveré a salir. Ahora tengo sed de algo caliente,

que me abrase la garganta, para que menos abrasador sea el fuego que más abajo de la garganta has encendido tú. Me llamo Bruyant. Saluda a la señora, «Coclicó». Dile que la vida es una farra.

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra! —graznó el pajarraco.

—¿Francés? —inquirió, con aires de gran dama, la calabresa.

—El loro y yo. Antonia.

—Me llamo Bárbara.

—Nombre que para ti fue inventado. ¿Quién lo duda que estás bárbara? Me tomo un suculento soconusco… y vuelvo a tu lado, Bárbara.

Atravesó el gascón la sala, y cerca ya del tablero tras el cual el mesonero se afanaba en buscar lo que le requerían las criadas, se acodó.

Vio entonces a Viviane d'Aurigny, cuyos ojos decían que la apostura del recién llegado era de su gusto.

Hizo el gascón un saludo, susurrando:

—¡Caramba!

Y la palabra «clave» despertó al loro, que en francés graznó:

—¡Caramba! ¡Qué opípara cuchipanda!

Rió Viviane d'Aurigny, y, también en francés, replicó:

—¿Sois marino, caballero?

Miró el gascón tras él, y luego, tocándose el pecho, sonrió.

—Hay error, hermosa. Ni soy marino ni soy caballero. Me llamo Bruyant, soy gascón, y cuando veo una fresa de vuestra calidad me entra sed y hambre de cariño.

—Me llamo Viviane y soy de París. Hace tiempo que no hablo con compatriotas. Estoy sola. Sentaos a mi mesa.

Bruyant Lartiguers no se hizo rogar, y a la vez que tomaba un escabel, que aproximó al ocupado por la francesa, guiñó a una de las criadas que le miraba arrobada:

—¡Dos calientes chocolates de lo mejor para lo mejor!

Se sentó, y sus claros ojos miraron complacidos a Viviane.

—Os lo habrán dicho muchas veces, pero no yo, Bruyant, que

sois deliciosamente embriagadora. Tenéis chispa como un rico champaña espumoso.

—Y a vos os sobra serenidad y… frescura.

—La madrugada me refresca. ¿En qué notasteis que la timidez es lo que más aborrezco desde que era tierna criatura?

—Entre otras cosas, en que hablasteis a aquella dama.

—Soy de pueblo.

—Se ve; de lo contrario, no os hubierais atrevido a cortejar a la novia de Dago Corsi.

—¿Eh? —Y por un instante el gascón, tieso el busto, semejó un perro de caza qué avista la presa.

—Parece que se os ha enfriado el entusiasmo. Y es natural. Es legitimo el terror que inspira Dago.

—¿Le conocéis?

—Por desgracia.

—¿Viene por aquí?

—Espero que no…, aunque supongo que lo hará tarde o temprano para entrevistarse con su novia.

—¡Magnífico principio de jornada!

—¿A qué obedece ese genial comentario?

—Simple que soy. ¡Hola! Ahí veo a un conocido. Con vuestro permiso, o sin él, ¿me dejáis que me vaya? Me voy… Y vuelvo, porque me atraéis como un imán.

Alejóse Bruyant porque ante el umbral, por dos veces, acababa de pasar uno de sus cuadrilleros.

—Todos tienen miedo, patrón. Nadie sabe dónde está ahora el de marras. Unos dicen que por el mar, otros que por la montaña…

—Para que te des cuenta tanto tú como los demás, que yo soy un tipo listísimo, que de tan inteligente me asusto yo mismo, aquí es donde cazaremos a la pieza. Doce de vosotros, por los alrededores. Dos, en la puerta; otros dos, vigilando a una dama que te indicaré y que es la que está ahí sola en la mesa de entrada, y otros cuatro, merodeando por el palacio del Podestá. No tardarán en saber que «Sans Merci» ha sitiado esta noche los castillos, y se va a armar un zipizape. ¿Comprendido todo, compadre?

—Sí, patrón. Voy corriendo.



—Se acerca ya la medianoche, trovador— dijo Altiera.

Satisfecho entró de nuevo Bruyant. Y ahora fue Bárbara Foscari la que le llamó:

—¡Forastero!

—A tus pies, reina.

—¿A quién buscas?

—Al amor…

—No trates de ser ingenioso. No eres italiano… Tienes traza de andar buscando alguien…

—A ti.

—Puede costarte caro lo que me estás diciendo.

—Todo el oro y las joyas que en el mundo que pan, poco es para pagar la delicia de verte, oírte… y besarte.

—¡Mentecato! —Y con rápido gesto felino, extrajo ella de su corpiño un agudo puñal.

Con la misma presteza, Bruyant asió la muñeca armada.

—¿Arisca, paloma? No me arañes…, que soy un buen chico. Dame este cuchillo, que te puedes pinchar. Anda, como buenos amigos…

Asió el cuchillo, obligando a abrir la mano a la calabresa, que le miraba refulgentes los ojos de enfado.

Besó la muñeca, dolorida, y su guiño supo ser amistoso.

—Sin rencor, preciosa. ¿Para qué quieres puñal, si me tienes ya muerto con el navajazo de tus pupilas asesinas?

—Caro te costará, forastero. Dame el puñal.

—Toma…, y no me hieras, porque muerto estoy.

—Imbécil… —susurró ella, enfundando el arma que le devolvía el gascón.

Y éste, práctico en dilucidar las distintas tonalidades, comprendió que había ganado algo en el aprecio de la aventurera.

—¿No vuelves junto a la que te invitó a sentarte?

—Clavado a tu lado estoy.

—Clavado quedarás, si se presenta quien de amores me requiere.

—¡Ajaccio entera a tus pies! Todos de amor te requerirán, pero ten por seguro que donde estoy yo, Bruyant el único, todos se retiran vencidos.

—Presuntuoso… Por forastero hablas como lo haces. ¿Conoces al Diablo Corso?

—De oídas.

—¡Soy su novia!

—Tanto gusto, muy señora mía… Y a mí, ¿qué?

—Insensato… Te matará.

—Duro soy de pelar.

—Fácil es de decirle eso a una mujer, estando ausente quien la protege.

—Ya seguiremos charlando. Ahora me voy allá, porque se me enfría el chocolate.

—¡Quédate! —exigió ella, imperativa.

Bruyant se levantó pausadamente. No tenía nada del hombre dócil y esclavo de femenina voluntad. Era un plebeyo conquistador… de poco espirituales Evas.

Y Bárbara Foscari era primitiva y caprichosa.

—Vengo de tierra donde la mujer obedece y el hombre manda. Si quieres que a tu lado vuelva, sonríeme…

—¡Ay de ti cuando venga Dago! ¡Vete, presuntuoso juglar!

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema! —graznó el loro, que cuando oía a alguien chillarle a su dueño, cosa que ocurría con suma frecuencia, lanzaba aquel graznido.

—Ahora es cuando me quedo.

El mudable carácter de la calabresa la hizo sonreír con perversa complacencia.

—Se te enfría el chocolate, y la otra te mira resentida.

—Yo soy así. Una suspirando en cada metro cuadrado. ¿Por qué me amenazas tanto con Dago?

—Nadie se atreve a hablarme. Todos me respetan… Dago te destrozará.

—Ya será menos. Bueno, el chocolate huele magníficamente. Luego vendré a cantarte la balada del pobrecito caminante que tiene sed de besos y hambre de cariño.

Regresó de nuevo junto a la francesa el gascón. Viviane d’Aurigny era más espiritual…

—¿Os gusta la novia de Dago?

—Me gustan todas en general y vos en particular. ¿Cómo dijisteis que os llamabais?

—No lo dije.

—Si… Viviane. Este chocolate brama pidiendo me lo zampe.

Los modales, la desenvoltura y la apariencia del gascón denotaban al aventurero de escasa ilustración, pero rebosante de audacia.

—¿Sois acaso trovador?

—A ratos.

—Ah… Entonces, ¿seréis buhonero?

—Mi abuelo decía que, para no oír mentiras, lo mejor era no preguntar. Vos sois francesa, yo también, y asunto concluido. Por cierto…, ¿por qué, de vez en cuando, al dibujarse en el umbral una figura de hombre, alienta miedo en vuestros ojos?

—Tal vez… porque me asuste Dago Corsi.

—¿Es que se trata de un gigante que tiene boca de ogro?

—Peor…

—¡Diantres! No me hagáis temblar. ¿Echa fuego por los colmillos?

—Es guapo. Tiene a ratos sonrisa de arcángel, y otros, fulgor de demonio. Le he visto matar a doce espadachines, lanzando sus dagas con rapidez increíble…, y terminar con los que quedaban a estocadas de maestro.

—¿Doce? Vaya, vaya… ¿Y por qué le teméis?

—Mi abuela decía que nunca son indiscretas las preguntas, sino las respuestas.

—Bien devuelta la prenda.

Rió el gascón, y con familiar desenvoltura acarició la barbilla satinada de Viviane
d'Aurigny
.

—Somos paisanos en tierra ajena, gatita. Yo seré vulgar y poco recomendable, pero no engaño más que a quien pretende engañarme. Si os puedo ayudar, contad conmigo.

—Gracias —dijo ella, sinceramente.

Le gustaba la hombría del bandolero.

—Las que tú rebosas —replicó Bruyant—. Anda, cuéntale a Bruyant lo que te ocurre. Estás sola, tienes miedo y estás sin dinero. ¿No es eso? Mira, yo tengo la bolsa algo seca…, pero si diez florines te sirven, tómalos. Y si necesitas más, iré a buscarlos… por allá, que no dudo que por estas calles también habrá badulaques.

La reacción de la francesa fue extraña. Enrojeció primero con cierta humillación…, y, de pronto, unas lágrimas perlaron sus ojos. Levantóse, y besó en la mejilla al gascón.

Partió corriendo hacia el rellano superior.

Bruyant Lartiguers se quedó perplejo. Bebióse el chocolate que ella había dejado sin probar, mirando hacia donde entraba Viviane
d'Aurigny

.

Se alzó de su asiento y pellizcó la mejilla de una criada.

—Hoy estás más guapa que nunca, Antonia.

—Me llamo Maruccia, trovador.

—Luego discutiremos cómo te llamas. ¿Quién es la señora que estaba conmigo?

—Si vos no lo sabéis, ¿cómo he de saberlo yo?

—Me refiero a su personalidad, maridos, novios, posición, etc., y amén. ¿Te enteras, entrañas?

—Es una dama romana, eso dice ella. Vino sola, no recibe visitas, y tiene dinero. Espera un barco, y parece tener miedo y prisa.

—Carmela, eres un portento. Te mereces…

Alejóse ella apresuradamente.

El loro graznó:

—¡Mi abuelo! ¡Qué estupenda natilla!

Subió Bruyant las escaleras, y fue a golpear la puerta tras la que había desaparecido Viviane.

Pero no llegó a aplicar los nudillos. Prefirió empujar, al ver que estaba abierta.

Viviane habíase ya serenado de lo que consideraba un ataque de debilidad pasajera, producida por las afectuosas palabras de un desconocido, guapo y basto.

—Hola, hermanita —saludó el gascón, entrando en su forma peculiar. Un salto de costado, ojeada circular y distensión de músculos.

Rió ella.

—Tú y el loro sois una pareja graciosa.

—Entonces, ¿por qué lloraste, hermanita?

—Hay cosas que no las entenderías.

—¿A que sí? Tienes miedo, estás sola… y sufres un momento de saciedad, abandono y tristeza. Eso es. Porque lo digo yo, que a talento sólo me gana… el loro. Se llama «Coclicó» y es viejo y cascarrabias, pero me adora. ¿Verdad, «Coclicó»? Saluda a la señora. Dile aquello que tan bien sabes decir. Lo reservado para las grandes ocasiones. A las princesas.

—¡Princesa, mandad, que aquí estamos Bruyant y yo! —Cloqueó el pajarraco.

—Eres simpático, gascón. Te agradezco tu amabilidad. Y en parte has acertado. Tengo miedo a Dago.

—¿Te persigue?

—Yo a él… le perseguí. Me perdonó dos veces la vida… porque yo quería matarle. Acepta un consejo: apártate de su novia. No es exageración. Dago es temible…

—¿Y por qué querías matar a Dago?

—Tu mirada es descarada, pero noble. Nada hay en ti de traidor, sino de astuto truhán.

—Éste soy yo —dijo, satisfecho, el gascón, tocándose el pecho ——. Pero ¿a qué viene el que me pintes el retrato?

—Aléjate lo más que puedas del camino de Dago. Sabrá que fuiste tú quien se atrevió a cortejar a su novia…, si no por celos de amor, sí por celoso prestigio, te buscará.

—Y nos encontraremos.

—Lo sentiré. Me eras agradable.

—¿En tiempo pasado? Soy… soy muy guapote y simpaticote.

—Ojalá lo sigas siendo mucho tiempo…

Y, de pronto, vio Viviane una esperanza, un claro horizonte posible en su tenebroso futuro, escapando a la fatal e inexorable opresión mortal de los tentáculos de El Pulpo.

—¿Quieres sentarte, Bruyant? Me gustaría hablar contigo confidencialmente.

—Empieza. Soy todo orejas…

CAPÍTULO X

RETICENCIAS

Al filo de las dos de la madrugada, el español que hacíase llamar el hidalgo don Rodrigo, y que era considerado equivocadamente un loco, se paseaba leyendo un grueso volumen por su sala favorita.

Tintinearon los cascabeles que orlaban la parte inferior de los cortinajes de entrada a la sala subterránea.

Una figura femenina, vestida de verde, con máscara de cera que plasmaba una belleza escalofriante, murmuró por la estrecha rendija abierta en la sangrienta pincelada de los labios carnosos:

—Dago acaba de regresar.

—Que su sueño sea reposado.

—Pide hablaros.

—Accedo. Me divierte su ingenuidad.

Poco después, ida la mujer, entraba Dago Corsi.

Como siempre al verse ante el extraño sujeto[7], sentíase cohibido.

—Sentaos, señor lobezno. Cuidad más la ropa. Tenéis unos desgarrones en el jubón.

—Sitian los castillos del Duino y Montemar.

—¿Quién?

—Los reitres de un condotiero llamado Von Merck y apodado «Sans Merci». Logré atravesar el cerco. Triplican las fuerzas de las dos guarniciones.

—Tomad un sorbo de este vino especial, señor lobezno. Os refrescará y me permitirá asimilar la brutal noticia que me acabáis de dar. Se ha anticipado el ataque de los invasores.

—¿Cuántos hombres tenéis, señor?

—Pocos, y no los quiero perder.

—He venido a buscar mis piojos.

—Pocos son, y no os conviene encontraros aún con vuestro… retrato vivo. Dejadle a él la tarea de acudir en socorro de las guarniciones en peligro.

—No permaneceré aquí cruzado de brazos. Se trata de Córcega… y de Alicia de Montemar.

—¡Ah, juventud impetuosa! También yo fui como vos…, salvando las distancias…, naturalmente.

—No quiero reticencias por respuesta, sino realidades.

—¿Qué entendéis por reticencias?

—Replicar con vaguedades, señor.

—Atended, lobezno. ¿Creéis tener un cerebro más despierto que el mío? He aparecido a tiempo en vuestra existencia. Dejadme llevar las riendas…

—Aconsejad. A eso vine.

—Dejad a Luys Gallardo la misión de enfrentarse, con el condotiero. Vos recogeréis el laurel, y lo depositaremos sobre la tumba de vuestro hermano si fracasa, que será cuando intervendremos.

—Os dije una vez que me horrorizaba vuestra inhumana frialdad.

—¿Horrorizarte yo a ti? —Y la siniestra risotada del hidalgo hizo estremecerse al insensible bandido—. Nunca un padre oyó mejor elogio de labios de un hijo.

—Ni nunca un hijo se sintió más incapaz de cariño que yo ante vos, señor.

—Tu cariño me daría fiebre y náuseas. Hablemos serenamente, señor lobezno. Si acudes donde acudirá Luys Gallardo, desaparecen todas tus posibilidades de obtener la mano de Alicia de Montemar, Se descubrirá tu personalidad. Acepto que en la sombra vigiles cuanto haga tu hermano. Y si él sucumbe, substitúyelo, comunicándomelo antes, que hombro contra hombro lucharíamos los dos. El grueso de tus fuerzas las tiene él. Cuenta con simpatías entre los altos círculos. Déjalo…

—No puedo permanecer aquí sin saber lo que allá sucede.

—Diviértete. ¿No dejaste a tu amada en el «Mesón del Gallo»?

—Mi amada está en el castillo sitiado.

—Libre eres, hijo. Recuerda tan sólo que, donde vayas, mis ojos

te seguirán, sin que de aquí me mueva yo.

—Y vos recordad que, si cojo a uno de vuestros espiás, lo deslomaré. Me voy… Estáis a tiempo de cerrarme el paso.

El hidalgo lunático hizo un gentil ademán señalando la puerta y sonriendo fríamente.

—Libre eres, porque me place. Pero no olvides que en ti mando, porque te venzo en lucha de hombres y en pugna de inteligencia.

Abandonó Dago Corsi la estancia.

Al filo del amanecer llegaba al palacio del Podestá. Le comunicaron que Su Excelencia dormía.

Esto le dijo el oficial de guardia ante la verja del jardín.

—¿Es que no me conoces, soldado?

—No tengo el honor…

—Soy Dago Corsi.

—¡Inmediatamente, messer! ¡Perdonad! ¡Inmediatamente será comunicado a Su Excelencia que estáis aquí! Tened a bien entrar…

No habían aún llegado los dos bandoleros que poco después debía enviar Bruyant Lartiguers a vigilar una posible llegada del Diablo Corso en visita al Podestá.

Giordano Stefano estaba muy a gusto hundido en muelle colchón. Pero al oír el nombre del visitante, gruñó primero, desperezóse después, y por fin, cubriéndose con hopalanda recamada de flores bordadas, dirigióse a su despacho.

—Bienvenido, messer. ¿A qué debo el honor…?

—Al grano. ¿Sabes qué ocurre en el valle de Farnedo?

—No —mintió el Podestá.

—Dormir, comer, bien vivir… Ésta es tu obligación, ¿no? Los invasores cercan el castillo de Montemar.

—¡Voto a bríos!

—Eso quiero yo: bríos. Haz que toquen a rebato, y que tus soldados vayan a combatir el invasor.

—Imposible, messer. Mi deber es defender la ciudad. Aquí estoy, para repeler ataques contra la ciudad. El valle de Farnedo cuenta con «Faciatosta» y su estandarte.

—¿También tú reticente? Ya vendré a verte, y pronto. Si es preciso haré una leva entre cuantos bravis pululan por Ajaccio.

—Ése será un excelente ejército que sólo vos podréis acaudillar. Y os felicito por la idea, porque…

Pero ya Dago Corsi habíase ido. El Podestá encogióse de hombros, y regresó a la cama.

Sonreía… Pronto desaparecerían Dago Corsi y «Faciatosta», y él y su amigo Bruno Sarto serían los resignados gobernadores de Ajaccio bajo la tutela civilizadora de Génova.

* * *

En la calle, Dago Corsi sintióse de pronto incapaz de coordinar las ideas. Juzgábase maléficamente influenciado por el hidalgo lunático, porque aceptaba la sugerencia de «dejar hacer» al otro.

Pero ese otro… ¡era su hermano! Y recordaba que el trovador, ahora que estaba cerrada la herida de la humillación, era simpático y jovial. Habló de redimir el nombre de Dago Corsi…

Entró en una hostería, y embozado sentóse junto al hogar. Pidió un desayuno copioso.

Dormitó al terminar su desayuno. Si Luys Gallardo actuaba usando su nombre, no tardaría en enterarse. Y si al mediodía nada nuevo había sucedido, levantaría en armas al pueblo de Ajaccio…

Dormitando, sonrió sarcástico. ¿El pueblo? Se acurrucaría en sus hogares. Tendría que pedir ayuda a los maleantes… Sonrió con menos sarcasmo, porque pensaba que Luys Gallardo resolvería la situación mejor que él.

Y, fatigado, se durmió. Hacia las once le despertó el ruido de los cada vez más abundantes concurrentes, que, excitados, comentaban la novedad.

¡Los invasores habían llegado!

Abandonó la hostería y se encaminó hada el puerto. Era por donde llegaría Luys Gallardo…, y poco a poco sus pasos le llevaron ante la casa sobre la que tremolaba una pancarta con un gallo pintado.

* * *

La chalupa que conducía a Luys Gallardo bogaba hacia las Islas Sangrientas.

El trovador, sentado en la popa, pulsó las cuerdas del laúd. La música en sordina acompañaba sus meditaciones.

Necesitaba reunir a todos los hombres que allá en las tres naves

había. Contaba con el apoyo leal de Filipo Ferrante, Delfín Lechuga y Truand Lascar…

En cuanto a Dom Corpacho, el misterioso hércules de los dos lobos llamados Dago y Luys…, ¿era éste el momento de declararle que sabía ya que era incierto el que hubiese estrangulado a Dago Corsi?

¿Y qué haría Dago Corsi en el castillo de Mantornar? ¿Dónde estaba Bembo?

Por el instante, lo que apremiaba era acudir a hostigar las fuerzas que al mando del condotiero «Sans Merci» cercaban el castillo.

Divisó las tres galeras arrebatadas a Abdul Hamez, que anclaban en la bahía de la isla de Mezzomare.

Y de nuevo sintió el embrujo del mar, y el vehemente deseo de continuar su errante ruta, una vez matase a Dago Corsi y liberase el castillo de Montemar.

Su carácter independiente empezaba a considerar vejatorio el vivir bajo una personalidad ajena a la suya verdadera, que no era más que la de un huérfano trovador, alegre y despreocupado.

Cuanto antes quería volver a ser simplemente Luys Gallardo, el galante aventurero.

PRÓXIMO EPISODIO:

«ENTRE PICAROS».



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Véase Las Islas Sangrientas. <<

[2] Véase Las Islas Sangrientas. < <

[3] Véase El hidalgo lunático. <<

[4] Véase Islas Sangrientas. <<

[5] Véase Bandolero y trovador. <<

[6] Véase Islas Sangrientas. <<

[7] Véase El Hidalgo Lunático. < <